

UNA NOVELA DE
Arturo Sifuentes

RÍO ROJO

RÍO ROJO

RÍO ROJO

© Arturo Sifuentes

Primera edición: octubre, 2024

Impreso en Santiago de Chile
por Grupo Donnebaum



Licencia Creative Commons

Diseño, edición y diagramación
Editorial ELOtroCuarto
www.elotrocuarto.cl

RÍO ROJO

Arturo Sifuentes

Ediciones **ElOtroCuarto**

RÍO ROJO

Un día de primavera comenzó a llover como nunca antes en el pequeño puerto de Chanca, situado en las costas del océano Pacífico. El puerto era conocido por sus bares bohemios, que ofrecían diversión para los lugareños y, especialmente a los pescadores, quienes, después de semanas, meses o incluso años de viaje, anclaban en sus orillas para quedarse el tiempo necesario y saciar su sed y lujuria con el fuerte licor y las mujeres que el pueblo ofrecía. Este tipo de turismo era el principal ingreso y fuente de mantenimiento del puerto.

La lluvia caía de lado por el fuerte viento que soplaba en dirección a los cerros, aunque esto no impedía que, como todas las noches, se escucharan risas y discusiones en las calles. Justamente en ese momento, caminaban dos pescadores que salían de un bar, ebrios y eufóricos, con las botas llenas del aserrín que arrojaban en los antros, repletos de hombres brutos, quienes los fines de semana omitían el saludo a quienes no eran de su círculo, escupiendo al paso para marcar dominio. A ellos se les servía licor de caña, un trago que solo bebería un pobretón, ya que los dueños de estos locales pensaban que no era necesario ofrecerles tragos caros, como un buen ron o una botella de vino de reserva. No valía la pena, porque los lugareños eran groseros, vulgares y no podrían costearlo; y peor aún, no dejaban propinas.

Cada cuatro semanas, durante una o dos horas diarias por la mañana, el muelle se atestaba con personas que usaban chalecos, camisas blancas y, por supuesto, corbatas de lazo, además de binoculares con los que apuntaban hacia el horizonte. Se trataba de los comerciantes que esperaban codiciosos las embarcaciones que llegaban, después de un largo viaje, llenas de mercadería y pescado. Como en todos los puertos, el pescado es sinónimo de dinero. Así, alistaban sus locales, llenaban el estante con buenos tragos y barrían el aserrín, ya que estos marineros —así denominaban a los pescadores que se iban por más de dos semanas mar adentro— merecían lo mejor de lo mejor, dado que compraban buen ron y vino de reserva e, incluso, eran capaces de decir: «¡Hoy yo pago la cuenta!». Además, dejaban una generosa propina.

Un bar no solo es conocido por sus buenos brebajes, sino también por el servicio que pueda ofrecer; más allá de la música, algo que despierte en los visitantes el interés por regresar.

—Tienes que ir al bar El Tío Gringo.

—¿Dónde queda eso?

—Queda en el pueblo de Chanca, donde está el río rojo.

—¡Ah! Sí, he escuchado hablar de ese puerto, dicen que tienen el mejor vino de todo el litoral.

—¡Para nada! ¡Son sus mujeres, Manolo! ¡Sus mujeres! En toda mi vida como marinero nunca había visto seres más hermosos como en ese lugar. ¡Tienen una figura que ni te imaginas!

—¿Estás seguro? ¿En ese puerto?

Manolo, visto por todos como el inexperto por ser el más joven de la tripulación, veía en los relatos de su compañero una ilusión libidinosa, una que ansiaba cumplir tocándose cada noche en su litera.

UNA NOCHE CUALQUIERA

Era común ver a dos o más hombres saliendo de un bar: ebrios, abrazados, con la boca llena de risa y una botella en la mano. También era habitual observar, en una esquina, debajo de un paraguas ladeado por la lluvia y el viento que soplaba del mar hacia los cerros, una tenue luz que iluminaba un callejón en el que se escuchaban discretos silbidos. Eran las musas libidinosas de la noche, mujeres que ofrecían sexo por dinero a cualquiera que pasara por delante; y qué mejor que un pescador ebrio hasta las patas. En otras palabras: dinero fácil.

A la salida de un bar, dos hombres con las botas llenas de aserrín caminaban por la angosta calle donde trabajaba Lina. Para algunos, se trataba de una mujer muy sensual, aunque hay quienes la consideraban un poco mayor para ejercer uno de los trabajos más antiguos de la historia. Para otros, en cambio, la edad era solo un estúpido tabú.

Lina atrajo a uno de estos hombres y le dijo que podría complacerlo hasta hacerle tocar el cielo. Él siguió de largo junto a su compañero, pero tras unos minutos, regresó.

—¿Qué más podrías ofrecerme?

—¿Tienes esposa?

—¿Eso importa?

—¿La verdad? A mí no. Pero si la tuvieras, estoy segura de que podría hacerte cosas que ella nunca haría.

Se acercó lentamente hacia su oído y le susurró un par de frases con voz sensual y excitante. Luego de cada palabra, el tipo se ruborizó, sus ojos subieron a través de sus párpados y su libido fue en aumento. Lina terminó la frase introduciendo su suave y húmeda lengua en la oreja del sujeto, quien tomó de inmediato su mano y como pudo, entre tropiezos, se la llevó a un hotel de mal vivir.

Antes de consumir las fantasías que el hombre esperaba cumplir, Lina le comentó que se le antojaba algo para beber. Lo único que él deseaba era explotar su libido en su interior. Sin embargo, Lina, como mujer de mucha experiencia, le exigió:

—Si quieres que te entregue todo de mí, concédeme lo que te pido, y cumpliré tus más grandes deseos...

El sujeto no se resistió ante la insinuación. Bajó las escaleras del hotel lo más rápido que pudo y buscó con ímpetu, aunque sin éxito, un lugar donde comprar licor. Después de caminar un par de cuadras, dio por fin con una casa donde vendían tragos de caña hechos artesanalmente, de esos que solo podría consumir un menesteroso. Del negocio salió un viejo que caminaba encorvado, quizás por los duros años de trabajo. Irradiaba fragilidad y nostalgia. Mientras se acercaba, el hiperventilado borracho preguntó por el precio. A pesar de que era una bazofia de bebida, costaba caro; mas no le importó y lo compró.

El anciano, a paso lento, buscó una botella y, cuando pasó a duras penas el estante que dividía su bodega de la tienda, mágicamente sus articulaciones sanaron. Con la espalda erguida y a paso firme, empezó a mezclar licores y agua que sacaba de un barril. Luego, le pegó una etiqueta con su marca a la botella. Cuando regresó, siguió con su interpretación de viejo achacoso.

Mientras tanto, el beodo buscó dentro de sus bolsillos, pero no tenía nada. Buscó y rebuscó entre su chaqueta y pantalón... y nada. No contaba con ninguna moneda, mucho menos un billete. Se tomó la cabeza. Pensó por un momento que seguramente había dejado su billetera en el velador del hotel, así que emprendió rumbo de regreso.

Al entrar de nuevo en la habitación, no encontró nada. Tampoco a Lina. Aún en estado de ebriedad, esbozó, por un instante, una sonrisa... Después, explotó de rabia, golpeando la cama con sus puños, impotente ante lo ocurrido y furioso consigo mismo por su ingenuidad.

El alcohol que corre por las venas, sumado a una voz sensual prometiendo un mundo lleno de placeres y fantasías, es suficiente para sustraer a cualquiera su billetera. Una artimaña sencilla para una mujer de vasta experiencia.

UN DÍA ESPECIAL

Alrededor del puerto corre un río llamado Huari, conocido por los lugareños como río rojo, no por su belleza natural, sino por las desgracias que guarda en sus quebradas. Se comentaba que, cada cierto tiempo, le aparecían manchas rojas de sangre sin que nunca se encontraran cuerpos a su alrededor.

Una mañana, salió el sol muy temprano con un esplendor que anunciaba el comienzo de la primavera, el adiós a la lluvia y a esos vientos que algunas veces daban vuelta los paraguas de los porteños. Ese día se cumplían cuatro semanas desde la última vez que una embarcación visitó el puerto.

Juan, un joven de tez blanca y contextura delgada, no mayor de veinte años, acompañaba a su padre. El muchacho, de mirada tímida, cabello castaño claro y un poco pecoso, lucía camisa blanca, chaleco y un pantalón que heredó de su padre, con parches en las rodillas de un género del mismo color, pero en diferente tono. Pedro, su padre, vestía camisa blanca con un chaleco de género y una corbata de lazo bien prolija que combinaba con una boina de cuero viejo y desgastado. Ambos oteaban hacia el horizonte con unos binoculares a la espera de divisar a los navegantes.

Cada vez llegaban más personas al muelle. De pronto, apareció Gringo, el dueño del antro más concurrido del lugar, cuyo

bar se hallaba en las afueras del pueblo, cerca del río rojo. Era un hombre con una expresión muy seria y fría, como si hubiese perdido la felicidad o tal vez olvidado sonreír. De cabellos rubios, mirada penetrante y pupilas culpables, siempre vestía bien, con zapatos lustrados, pantalones de buena calidad, camisa blanca de manga larga y chaleco hecho a medida, aunque, siempre llevaba una vieja boina de cuero. Iba acompañado de una mujer de unos diecinueve o veinte años, de tez blanca, pelo negro azabache, ojos azules y con un gran busto oculto bajo sus ropas.

Juan se volvió hacia la mujer de belleza única, a quien nadie se atrevía a mirar por miedo a enfrentarse con Gringo. Él, dueño del bar más visitado por los marineros, contaba con mucho dinero, lo que se traducía en poder sobre los demás.

Gringo caminó con la niña de mirada deslumbrante hasta situarse al lado de Pedro. Sacó sus pequeños y nuevos binoculares, forrados con cuero y con la inicial de su apodo bordada, y miró hacia el horizonte, diciendo:

—Por lo que veo, sigues sin hacer caso a mis consejos: no tienes mujeres. Si quieres crecer en el negocio, mujeres es lo que necesitas.

—Sabes muy bien que tuve una, y que no necesito ninguna otra.

—Eso fue hace mucho; veinte años, quizás más. Y me refiero a negocios, no a una mujer de amante. Vamos, podemos hacer un trato justo. Yo te proporciono mujeres y tú, a cambio, me das un porcentaje de lo que recaudes. Recuerda que todas esas embarcaciones llegarán buscando mi bar y pasarán de largo frente al tuyo.

—Fueron diecinueve años, Gringo. Nunca lo olvidaré, y no entiendo cómo tú lo has hecho.

Pedro se quedó en silencio, tragándose la pena. Respiró hondo y no añadió nada más.

Al mismo tiempo que ocurría esta conversación, Juan no podía despegar la mirada de aquella muchacha. Parecía que los rayos del sol acariciaban su piel, haciéndola relucir. Brillaba como si una especie de aura cubriera su rostro. Ella se sorprendió al darse cuenta de que era observada y, por unos segundos, se sintió atraída por la inocencia de Juan. Mientras se miraban, se detuvo todo para ambos. Luego, ella bajó la vista y su cara de sorpresa cambió a un gesto de culpa. Inmediatamente, la joven se fijó en Gringo, se inclinó de forma sumisa y no volvió a alzar la mirada.

—Son todas iguales. Solo sirven para sacarles dinero, nada más. Piénsalo, tu negocio podría ser más grande a mi lado —dijo Gringo.

—¿Y qué hay de Laura? ¿A ella también pensabas usarla para sacarle dinero?

Gringo bajó los binoculares, tomó por el hombro a Pedro y pronunció en voz baja y amenazante:

—Escucha, no vuelvas a mencionar a Laura. La próxima vez podría ser la última palabra que salga de tu boca, ¿me oíste?

Pedro miró a su acompañante y, al contemplar el rostro de la jovencita, quedó impactado. Se giró hacia Gringo y dijo:

—Por lo que veo, su espíritu te acompaña cada día.

Gringo lo miró y, por un momento, su fisionomía se tornó cálida, pero aun así lo soltó bruscamente. Caminó unos pasos y se volvió diciendo:

—Piénsalo, viejo amigo, piénsalo —le dijo. Luego, volviéndose hacía la bella mujer, añadió—: Hay que alistar el bar; hoy será una gran noche.

Juan no despegaba la mirada de aquella hermosa figura, mientras observaba cómo caminaba hacia la camioneta en que llegó.

—¡Juan! ¡Juan!

—¿Sí? ¿Qué, papá? ¿Me hablas?

—¡Vamos!, alistemos el bar, que hoy será un día especial.

En el horizonte se podía divisar la llegada de las embarcaciones, como si hicieran competencia para ser las primeras en descargar.

Cajas y cajas de pescados, además de otras mercaderías, se desembarcaron en el muelle, al tiempo que las personas que habían madrugado para ganar un par de monedas ayudando en lo que fuese a los visitantes, les recomendaban algunos bares, ya que, algunas veces, los dueños les daban un vaso de ron a cambio de promocionar su local para la noche.

EL BAR «EL TÍO GRINGO»

—¿Crees que no me di cuenta de cómo mirabas a ese mocoso? —preguntó Gringo, mientras conducía.

Con voz delicada, la jovencita apenas alcanzó a decir:

—Yo solo...

—Te he dicho muchas veces que no quiero que converses ni mires a nadie de este pueblo. Recuerda que este negocio es de ambos y solo debemos preocuparnos por ello. No hay espacio para la vida social ni personal en este lugar. De no ser así, ¿qué sería de ti? Si no fuera por esto, vivirías en la calle y serías como cualquier prostituta, apoyada en una esquina oscura, vendiendo tu cuerpo por una miseria de dinero.

Con la cabeza gacha, la muchacha solo escuchaba y asentía con miedo y respeto.

—Hoy será un gran día. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí, lo sé.

—¡Muy bien!

Gringo le puso su peluda y venosa mano en la pierna de una manera muy cariñosa, y le dijo más pausadamente:

—Solo quiero lo mejor para ti. Respétame, haz lo que te digo, y este puerto será todo nuestro.

Llegaron al bar: una casa gigante, de madera firme, de color gris opaco y tres pisos, con un letrero luminoso que decía «El

Tío Gringo». Se dirigió a la bodega a sacar los mejores tragos para la noche, mientras la muchacha de ojos grandes y azules cerró la puerta y, tras asegurarla bien, corrió las cortinas de las ventanas. Abrió un cajón con una llave que colgaba de su cuello y sacó un gran manojó de llaves. Subió las escaleras hasta el segundo piso, donde había varias habitaciones que abrió una por una. De pronto, por aquellas puertas se asomaron unas hermosas mujeres vestidas con ropas sucias y maltratadas. Casi parecían espantapájaros.

—Ya saben lo que tienen que hacer —ordenó la joven.

Todas ellas tomaron un paño, una escoba y un traperero; limpiaron todo el lugar, mesa por mesa. Barrieron el aserrín y colocaron adornos. Dejaron el antro listo para recibir a los marineros en la noche. Solo faltaba algo muy importante y fue lo que Gringo les dijo:

—Ahora, ¡aprovechen! ¡Vayan y dúchense, coman algo, descansen un poco! Y, cuando suene la campana, se levantan para vestirse ¡Pónganse bellas, mis mujeres, que hoy será una gran noche!

Y así sucedió. Siempre era lo mismo: cada tres o cuatro semanas tenían un día, o incluso menos, solo algunas horas, para poder sentirse mujeres, o mejor dicho, personas.

Cocinaban su propia comida, que para ellas era un auténtico bufé, ya que podían usar los ingredientes que quisieran y no limitarse al pescado con arroz y papas cocidas, que tenían como minuta diaria. Tomaban baños con agua caliente, pétalos de rosas y sales; además de los mejores aceites y perfumes. Todo era para lucir radiantes ante los clientes que acudirían a saciar su lubricidad.

Mientras tanto, en el bar de Pedro, este, junto a su hijo, sacaban los tragos de la bodega, limpiaban, cuadraban las finanzas

y repintaban el letrero que la lluvia había maltratado a principio de temporada.

—Hoy será un gran día —le dijo Pedro a su hijo.

—Ya lo fue. Definitivamente hoy ya es un gran día.

—Lo dices porque viste a esa linda jovencita, ¿verdad?

—Sí. Su mirada me cautivó. Era como un ángel.

—Te voy a dar un consejo. No te acerques a ella. Mientras más lejos estemos de Gringo, más tranquilos y felices viviremos.

—Pero ¿por qué? Yo sentí una conexión con ella, y sé que ella también conmigo.

—¡No digas tonterías! Anda, saca un poco más de pintura de la bodega para terminar de retocar el letrero.

Moviendo algunas cosas en la bodega, Juan tropezó con una caja que le llamó la atención. Al abrirla, encontró dentro un cuadro con una fotografía en la que aparecían cuatro personas. Pudo identificar a su papá junto a su madre, a la que, por cierto, no conoció, aunque su papá le había hablado mucho de ella. También estaba un sujeto de aspecto frío. Era Gringo, sin lugar a dudas. A su lado, había una hermosa mujer, con unos ojos que, a Juan, le resultaron familiares. Indiscutiblemente, aquella mirada era la misma que había visto por la mañana en aquella jovencita. Tras contemplar la imagen un instante más, el muchacho tomó la fotografía y la guardó.

LA CASA INVITA

Llegaban los marineros al bar de Pedro: gente sedienta de alcohol, personas que buscaban compartir sus aventuras de altamar, recordar a sus familias, mostrarles una foto de sus seres queridos a sus camaradas o debatir si tenían una carta bajo la manga en los juegos de mesa.

Pedro llenaba los vasos en la barra y Juan las llevaba a las mesas, todo acompañado de algunos boleros de fondo. El bar estaba lleno y se respiraba un grato ambiente. Pedro, mientras atendía contento, conversaba con Aurelio, un viejo amigo que había llegado en una embarcación esa misma mañana.

—¿Cómo te ha ido en altamar? Han pasado varios meses desde tu última visita.

—Sí, he viajado por todo el mundo y ahora soy encargado de bodega del barco más grande que está en el puerto.

—¡Pero qué gran noticia! Me alegro de que hayas logrado lo que siempre anhelaste.

—Bueno, eso sí. Amo estar en altamar, aunque creo que dejaré este rubro y me quedaré aquí por un largo tiempo. Siento que ya me estoy olvidando de tierra firme y no quiero que eso suceda. Quizás abra algún negocio. Pero, antes de eso, debo hacer otro viaje; será mi última travesía como marinero. Necesito investigar un asunto que me está perturbando. Así que mañana

mismo partiré, y la próxima vez que regrese, espero sea para solucionar las cosas del pasado.

—Pero ¿cómo dices eso, si tienes un nuevo puesto? Supongo que la paga es mucho mejor, ahora que eres el encargado —exclamó Pedro, mientras le llenaba el vaso con ron.

Aurelio trató de pagarle la bebida, pero su amigo le hizo un gesto y le dijo cordialmente:

—No te preocupes. Podrás ganar mucho dinero, pero este vaso va por cuenta de la casa.

—¿Cómo está tu hijo? ¿Juan es su nombre?

—Sí, míralo. Ya ha crecido mi muchacho. Se parece a su madre —afirmó Pedro con nostalgia.

—Es verdad. Recuerdo aquellos tiempos cuando tú, Gringo y esa chica, Laura... Lamento mucho lo que les sucedió. Justamente, es por eso que he regresado y pronto sabrás el motivo.

—¿A qué te refieres?

—Hoy no es el momento, pero pondré fin a todo.

—Aurelio, ¿por qué recuerdas eso ahora? —preguntó, pasando un paño por la barra con un gesto de indiferencia, aunque por dentro Pedro sentía un gran dolor.

—Bueno, vamos. Ahora esta copa es para mí. ¡Salud, viejo amigo!

Brindaron mientras recordaban los buenos tiempos.

LA CAMPANA

En pleno apogeo de la noche, el bar de El Tío Gringo comenzaba a llenarse con los marineros que habían ido hasta allí dispuestos a gastarse el salario para comprobar si las historias que se contaban en altamar eran reales.

Unas horas antes, la jovencita de mirada cautivadora y rostro único caminaba nuevamente por el pasillo del segundo piso, esta vez tocando una campanilla. Aquella era la señal para que las bellas mujeres, ya despiertas, subieran al tercer nivel y se vistieran con sus mejores galas para conquistar a los clientes que estaban ansiosos por conocerlas.

Los hombres, mientras jugaban al póker o al billar, miraban de reojo a Gringo, quien, consciente de lo que ellos en verdad esperaban, los hacía esperar de igual manera porque sabía que, cuanto más ansiosos se encontraran, más dinero estarían dispuestos a pagar por cualquiera de estas deseables féminas.

En voz alta, y aplaudiendo dos veces, Gringo anunció:
—¡Muy bien! ¡Pueden bajar!

Por fin, sobre unos tacos altos, con pantis de malla, elásticos y corsés que apenas alcanzaban a cubrir sus pezones, aparecieron aquellas delgadas y guapas mujeres. Exuberantes, con cuerpos y piel delicada, como si estuvieran talladas a mano por un artista tocado por lo celestial.

Los hombres del bar no las perdían de vista. Querían aventarse encima, desgarrar sus ropas, galopar en ellas y saciar así su calentura acumulada después de semanas en altamar.

—Bueno, les presento a mis mujeres. Adelante, chicas, elijan a su marinero.

El trabajo de ellas consistía en compartir unos minutos con los clientes y hacer que compraran lo mejor de lo mejor. Luego de acompañar a uno, se dirigían a otro y repetían el sistema. Posteriormente, y sin necesidad de palabras eróticas, los marineros se acercaban a la barra, donde Gringo aceptaba el dinero del mejor postor y ordenaba a la mujer, que el marinero eligiera, que lo llevara al segundo piso para prestar el servicio que ellos tanto esperaban. Este era el gran negocio de El Tío Gringo; su dueño era un total proxeneta.

EL PRIMER EMBARQUE

Era la madrugada del día especial cuando llegaron las embarcaciones. Aurelio, el amigo de Pedro, mencionó que ahora era el encargado de la bodega, pero ¿qué era lo que en realidad transportaba en ella? Su perturbación comenzó cuando realizó una entrega, nada más y nada menos, que al Tío Gringo.

Hace un par de meses, todavía era marinero en cubierta, pero siempre aspiró a más. Por ello, cuando le ofrecieron el puesto de encargado de bodega, el requisito más importante era no cuestionar nada sobre la carga que llevarían de puerto en puerto, además de cumplir con las tareas de embarque y desembarque, recibir el pago y regresar al barco. No lo pensó demasiado y aceptó el cargo.

Su primer embarque fue en una isla lejana. Descendió del bote; todo le parecía familiar. Allí había un hombre con bigote largo y bien definido, sombrero de paja de costura fina, zapatos de cuero de cocodrilo y chaleco blanco.

—Bienvenidos a mi isla. Tengo listo el pedido de su capitán. ¡Vamos, acompañenme!

Aurelio, junto a otros dos tripulantes, llevaba un bolso lleno de dinero que custodiaban con cautela. Los marineros siguieron al terrateniente, caminando por un sendero de la isla. Sin embargo, a Aurelio le parecía cada vez más extraño, y se preguntaba:

«¿Qué estoy haciendo aquí? ¿De qué se trata todo esto? Esta isla es muy parecida a una que visité hace mucho tiempo». De pronto, llegaron a una gran mansión. Fuera de ella, había decenas de mujeres con grilletas, pertenecientes a diferentes etnias y razas: había morenas, rubias, pelirrojas; todas jóvenes y bellas.

El anfitrión se acercó a una fila de musas y le dijo a Aurelio:

—Muchacho, ven, acércate. ¿Qué tal? ¿Cómo están estas mujeres? ¿Te gustan?

Aurelio no entendía nada. Simplemente disimuló y afirmó:

—Sí, son muy hermosas.

—¿Y qué tal éstas? ¿Qué te parecen? ¿Te gustan? Bueno, elígelas. En total son diez las que me pidió tu capitán, a menos que desees más. Si es así, solo faltaría otro maletín como el que andas trayendo.

—No. Está bien como dijo el capitán, solo diez.

Aurelio se acercó y eligió a las diez primeras mujeres que estaban al frente. Posteriormente, entregó el maletín.

—Bueno, desde ahora son su responsabilidad. Espero volvamos a vernos pronto —dijo, dándose media vuelta y marchándose.

Mientras los marineros remaban para llegar al barco, Aurelio miraba a las musas dentro del bote y veía en ellas rostros de incertidumbre y tranquilidad. «¿Por qué?», se preguntaba. No tenía ni la menor idea de qué hacer con ellas o qué les sucedería, pero de lo que sí estaba seguro era de que, en esa isla, las mujeres eran esclavas de ese sujeto que las usaba como mercancía.

Cuando, poco después, llegaron al barco, Aurelio mostró las mujeres al capitán, quien le indicó que las llevara a la bodega y no hiciera preguntas. Luego de unos días, atracaron en un pequeño puerto. El capitán ordenó que sacara cuatro mujeres y que se las entregara a un hombre que estaría esperando en el muelle.

Aurelio obedeció y las entregó a un hombre muy amable de cabellos blancos. Este saludó con un beso en la mano a cada una de las señoritas. Posteriormente, le dio las gracias a Aurelio, le entregó un maletín y se marchó. Mientras se alejaba, se podía oír cómo aquel individuo de avanzada edad les comentaba que les tenía preparada una bienvenida con abundante comida y agua caliente para que pudieran asearse, y que no tuvieran miedo, pues él las trataría como reinas.

Luego de la primera entrega, fueron muchos los puertos que visitaron, dejando mujer por mujer, aunque no en todos ocurrió lo mismo. En una ocasión, Aurelio entregó una hermosa jovencita que rozaba la adultez, a un hombre de barba descuidada y dientes casi podridos. Este, al momento de estar frente a la joven, la tironeó del pelo y la besó a la fuerza, mientras le decía que esa noche se divertirían a lo grande, dándole palmadas en el trasero. Los gritos y llantos de esa joven hicieron que Aurelio pensara en todo lo que estaba haciendo, trayendo muchos recuerdos a su cabeza y replanteándose lo que podía llegar a suceder si seguía metido en ese mundo. En aquel instante, tocándose la frente, pudo comprender el significado de la expresión de aquellas diez mujeres cuando las subió al bote, mientras se dirigían al barco, zarpando de aquella isla. Era un rostro de esperanza por llegar a un buen destino: vivir de manera digna en el lugar donde les tocara quedarse. Que las trataran como personas y no como meros objetos de fantasía, no como esclavas y mucho menos como pelanduscas.

UNA MADRUGADA EN EL MUELLE

El sistema de entrega era muy simple: antes de divisar el puerto en la madrugada, el capitán ordenaba a un par de marineros que bajaran un bote. Aurelio subía a las chicas y, remando, se iban hacia la orilla, tratando de hacer el menor ruido posible. En ese día especial, la entrega consistiría en dos bellas mujeres, pero, al parecer, Aurelio llegó temprano, porque todavía no había nadie en el muelle. De pronto, un hombre ebrio salió de detrás de unos barriles, tiró un par de billetes y se retiró acomodándose los pantalones, mientras una mano delicada aparecía para recogerlos. Acto seguido, Aurelio escuchó una voz que decía:

—Veo que tú eres el bastardo que realiza estos largos viajes.

—¿Quién anda ahí? ¿Quién eres? —preguntó Aurelio.

—No me conoces, pero yo sí conozco a los de tu tipo.

—¿Qué estás diciendo? ¡Muéstrate, mujer!

—¿Mujer? Ahora no soy una mujer, solo soy un objeto, y estoy cumpliendo con mi trabajo. Mujer soy cuando estoy con mi hijo y le llevo alimento, pan y leche todas las mañanas. Mujer soy para poder mostrarte la cara y decirte: maldito infeliz. Eres un heraldo más del diablo, el que rema en ese bote para llevar a las mujeres a él, quien les quita el alma y hace de ellas lo que le place —terminó diciendo, para luego escupir a sus pies.

Aurelio, atónito, no tenía palabras para responder.

—¡Desgraciado, eres peor que basura! Mira la vida que llevo por gente como tú.

—Estás equivocada. Si realizas este trabajo es porque así lo elegiste. Deberías buscar otro tipo de empleo para poder llevar el pan a tu casa.

El zumbido y el sonido de la bofetada que Lina le propinó a Aurelio fueron lo suficientemente fuertes como para hacer que las aves que dormían cerca de las rocas salieran volando.

—¿Acaso crees que le darían trabajo a una prostituta? ¿Qué alguien contrataría a una mujer que trabaja en el bar más concurrido del puerto? Pero, ¿sabes? A pesar de todo, estoy agradecida de que me hayan desechado. ¡Sí! Esa es la palabra: desechada. Ya que los marineros solo desean mujeres lindas y voluptuosas, dispuestas a todo, y no a una chica que espera un bebé. No estar disponible es malo para el negocio; por esa razón, el maldito del maletín me echó de su bar. Pero estoy agradecida, porque no terminé como las otras que desaparecieron, y pude tener a mi hijo sin problemas, gracias a que todavía existen personas que aprecian la vida de los demás.

—¿De qué estás hablando? ¿A qué te refieres con que otras desaparecieron? ¿Estás diciendo que Grin...?

—¿De verdad crees que las mujeres siempre serán perfectas físicamente? La cruda realidad es que Gringo, ese maldito, hace desaparecer a todas las mujeres a las que, después de unos meses de trabajo, les crece el vientre. Es cierto, créeme. Eso no es bueno para el negocio, y lo único que importa en este puerto son los malditos negocios. ¿Crees que será la última vez que dejes a unas jovencitas en este muelle? La que no cumpla con las órdenes lo más probable es que sufra y la castiguen hasta hacerla desaparecer.

De fondo, se podían escuchar unos pasos acercándose. Cuando Aurelio se giró, Lina aprovechó para marcharse con sigilo. Era Gringo, que traía un maletín. El recién llegado miró a Aurelio y le dijo:

—Qué bueno que el emisario sea alguien del puerto, viejo amigo —exclamó, entregando el maletín.

Aurelio no reaccionaba. Estaba como ido, sin ver un punto fijo, como si un camión fantasma lo hubiera atropellado y se hubiera llevado su alma por delante. Eso, por supuesto, a Gringo no le importaba; solo revisó a las chicas, les dio la vuelta, les subió las ropas viejas por encima de la cintura, y añadió:

—Sí, son perfectas. Esta noche las estrenaré. Estoy convencido que será un gran día. Andando —ordenó—. Adiós, viejo amigo, ya sabes dónde encontrarme. Nos veremos pronto.

Aurelio seguía impactado por todo lo sucedido. Los marineros le decían que subiera al bote y, como un zombi, lo hizo, desapareciendo entre la neblina con el maletín entre sus brazos

LINA

Rechinaron las bisagras de una puerta desgastada. Era de noche, y un niño corrió para abrazar a la mujer que llegaba a su hogar.

—¡Mamá! —gritó de emoción al verla llegar, recibéndola con un cálido abrazo.

Ella lo tomó, lo levantó y dio vueltas por la casa, provocando carcajadas.

—¿Cómo te fue, Lina? —preguntó alguien desde el cuarto contigo. Era una anciana que cocinaba y cuidaba del pequeño.

—Bien. Traje algo de mercadería —respondió ella.

Disfrutaron de una cena en armonía, hasta que llegó la hora de dormir. Lo arropó, le dio un gran abrazo y un beso en la frente, deseándole dulces sueños.

Después, regresó a la mesa, se sentó, encendió un cigarrillo y, tomándose la cabeza, dio rienda suelta a sus lágrimas.

—¿Qué te sucedió? ¿Acaso te golpearon?

—No. Hace una noche estuve en el muelle y me encontré con el desgraciado.

Lina lloró desconsolada, hasta que la anciana le entregó una taza con agua de hierbas.

—Toma; esto te calmará. Y ahora, cuéntame. ¿A quién viste?

—Vi cómo un hombre entregaba a dos bellas jovencitas a Gringo para usarlas, como hicieron con nosotras.

—Tranquila. Esos bastardos la pagarán algún día. Jugar con la vida de las personas no tiene perdón de Dios. Solo piensa en tu niño, que está sano y cada vez se parece más a ti.

—¡Gracias! No sé qué hubiera hecho aquel día sin ti. Gracias por estar siempre conmigo.

—Jamás permitiría que se repitiera mi historia. Ninguna mujer se lo merece.

La anciana recordó las imágenes de su pasado de manera acelerada: golpeada y violada, encima de un baúl, sufriendo de hambre, negándose a usar aquellos vestidos, mientras su abdomen crecía; con los ojos rojos, los gritos, los abusos, el hambre y el abandono en las orillas del río; con las ropas ensangrentadas, que mostraban el término fatal de un pequeño cuerpo, el alma de un ángel elevándose al cielo.

Secándose las mejillas, Lina prometió con firmeza:

—Te aseguro que ni tú ni mi hijo pasarán hambre mientras yo respire... Algún día nos iremos de este puerto.

EL DÍA DESPUÉS

Cuando la noche terminó y el sol mostró sus primeros rayos de luz, salieron del bar los marineros, satisfechos y completamente saciados después de, por fin, disfrutar y comprobar en primera persona los relatos contados sobre el famoso bar de El Tío Gringo y sus mujeres.

Rematado el trabajo de las musas, y una vez que el bar quedó completamente vacío, Gringo ordenó a sus chicas que lavasen las ropas usadas, que se ducharan, comieran algo y que luego regresaran a sus cuartos, todo ello bajo la vigilancia de la jovencita de encantadora y luminosa mirada azul. Mientras tanto, él contaba la cuantiosa recaudación de la jornada.

Algo similar sucedía en el bar de Pedro. Juan ordenaba y su padre contaba el dinero recaudado.

—Está todo listo —exclamó Juan.

—Gracias, hijo. Ahora puedes ir a descansar —respondió Pedro.

—No tengo sueño, creo que caminaré un poco.

—Pero, Juan, está recién amaneciendo y, además, fue una noche de mucho trabajo. ¿Acaso no estás cansado?

—No, hoy no. De hecho, sería capaz de estar despierto dos días sin problemas.

—No digas tonterías. Vaya y descanse.

Saliendo por la puerta principal, Juan contestó:

—No te preocupes, estaré bien. Solo necesito un poco de aire fresco. Regresaré al rato.

La jovencita, por su parte, luego de que las musas terminaran sus quehaceres, tomó el manajo de llaves y dejó pasar a cada una de las mujeres a sus respectivos cuartos, cerrando puerta por puerta, justo cuando de la última habitación se oyó una voz:

—Escúchame. Tú no eres diferente a nosotras; al contrario, eres peor, casi igual a él. Sin embargo, puedes escapar de todo esto. Aprovecha tu juventud y vive la vida como debe ser.

La joven, impactada por tales palabras, respondió:

—¿A qué te refieres? Yo no soy como ustedes.

—Claro que sí, eres una esclava más de Gringo. Solo una herramienta para hacer dinero.

La joven trató de cerrar la puerta, pero la mujer lo impidió.

—Piénsalo. Entrega tu belleza a una persona que te valore y respete. Vive aventuras y ten hijos. Eso, ten muchos hijos sin que te hagan desaparecer.

—No digas tonterías ¿Cómo podría hacer algo como eso?

—Tienes razón. Hay algo que nos diferencia —exclamó, dejando de obstruir el cierre de la puerta. La joven cerró con llave y le preguntó en voz baja:

—¿Cuál es la diferencia?

—Mi joven niña, tú tienes las llaves para entrar y salir de este lugar.

Tras esas palabras, la muchacha decidió salir por la puerta trasera, dejando a Gringo concentrado en contar billetes. Caminó detrás del bar hasta llegar al río, disfrutando del amanecer y observando cómo el cielo tomaba un tono celeste, mezclándose con suaves azules y un oscuro que despedía la noche.

Arrancó una margarita, la apreció, sintió su aroma y continuó caminando con un gesto de alegría y asombro. Al parecer, nunca había vivido un amanecer, ni visto cómo los peces nadaban por el río, ni escuchado a las aves cantar sus sonatas anunciando el inicio de un nuevo día. Descubrió lo hermoso que podría ser una mañana cerca del río, en lugar de estar en un oscuro bar como la capataz de Gringo.

Mientras paseaba, de repente se topó con una pequeña vertiente y observó a un hombre sentado en una roca, contemplando fijamente un objeto en su mano. Sigilosamente, intentó acercarse por detrás de unos arbustos, pero una rama seca del suelo la delató.

—¿Quién anda ahí? ¡Sal donde pueda verte!

La joven, asustada, no pensaba salir y se quedó quieta, creyendo que pasaría desapercibida escondiéndose. Sin embargo, el sujeto tomó una roca y amenazó con arrojarla entre los arbustos. Cuando ella se percató, saltó y gritó:

—¡Perdón! ¡Perdón! Mi intención no era espiarte, solo estaba caminando por...

Mientras la joven trataba de terminar la frase, él dejó caer el bulto y quedó hipnotizado por su mirada. Al mismo tiempo, la joven no logró terminar de explicarse y quedó casi en el mismo estado. Él se acercó, escondió entre sus ropas la foto que traía en la mano y susurró:

—Eres tú, la que andaba con Gringo en el muelle.

La muchacha no dijo ni una palabra. Juan sacudió su mano en el pantalón, se acercó más y le extendió un cordial saludo.

—Mi nombre es Juan, ¿cuál es el tuyo?

La linda jovencita respondió con fragilidad, palpando apenas la mano del joven:

—Me llamo Laura.

Juan no logró oírla.

—¿Cómo dices?

—Mi nombre es Laura.

—¿Qué haces por este lugar tan temprano?

—Salí a caminar, ¿y tú? ¿Qué haces por acá tan solo?

—Lo mismo. Caminaba porque necesitaba aire fresco —explicó, recordando muy bien la mirada de aquella foto que había encontrado en su casa.

Pasaron un par de segundos sin que ninguno de los dos pronunciara palabra, hasta que Juan se atrevió a decir algo. Al mismo tiempo, Laura también lo intentó, interrumpiéndose mutuamente:

—Te has fija...

—Creo que mejor...

—Adelante, ¿cómo dices?

—Creo que es mejor que me vaya —terminó diciendo Laura, nerviosa e insegura, como si no quisiera hacerlo en realidad.

—Eh, bueno, está bien... —respondió Juan, deseando con todo su ser que se quedara un poco más.

El silencio, después de cada palabra, era un espacio para el nerviosismo en ambos.

—Bueno, adiós.

—Adiós.

Juan se dio media vuelta e inmediatamente tomó valor para preguntar:

—¿Cuándo regresarás por estos lugares? ¿Cuándo te volveré a ver?

—No lo sé, quizás la próxima semana.

—Aquí estaré esperándote —respondió, con más confianza.

—¿Y a qué hora?

—Supongo que a la misma hora.

—Está bien.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

La joven se marchó con una sonrisa y, un poco sonrojada, volvió a sentir el aroma de aquella flor que había arrancado. Por su parte, el joven se dio media vuelta y, al caminar mirando de reojo a la muchacha, tropezó. Alcanzó a retomar el equilibrio y continuó su camino.

AROMA MAÑANERO

Luego de que Laura se retirara, Juan se hizo un mundo de ilusiones. Sentía una conexión que nunca antes había experimentado y estaba decidido a conquistar su corazón. Fue tanta su felicidad que se acercó a un arbusto y arrancó una margarita que resaltaba entre las demás por su gran tamaño y su color blanco brillante. El muchacho se recostó nuevamente en la roca, olisqueó su aroma y miró las primeras nubes llenando el cielo mañanero, vislumbrando en ellas el rostro de Laura.

Mientras tanto, ella, de regreso al bar, levantó una flor imaginando a Juan. Se sentía muy extraña y confundida, pero le gustaba aquella nueva sensación. No encontraba una respuesta clara para semejante emoción; ese encuentro había sido algo inesperado, aunque, sin duda, deseaba que se repitiera lo antes posible.

Juan se levantó de la roca, puso la flor en el bolsillo de su chaleco y empezó a caminar. De regreso al bar, subió las escaleras, empujó la puerta del cuarto de su padre, que en ese momento dormía exhausto por tan movida noche, y siguió hasta su habitación. Allí se sacó las botas, colgó su ropa, puso la foto y la margarita junto al velador, en dirección hacia la cama, y se recostó, sin despegar la mirada de ellas. Sentía curiosidad por la gran similitud en los rostros de ambas mujeres.

Al mismo tiempo, Laura subió también las escaleras. Aunque, en su caso, no era necesario evitar hacer ruido, ya que los ronquidos de Gringo eran capaces de hacer crujir la madera más que sus delicadas pisadas. La joven siguió de frente hasta su habitación, se desvistió y, mientras lo hacía, una pequeña ave se paró en su ventana. Laura se asustó cubriéndose la parte superior del cuerpo, pero, al ver que era un inofensivo pajarito, trató de acercarse.

—Hola, pequeño.

El ave movía su cabeza y daba saltos de esquina a esquina en el marco de la ventana.

—¿Vienes a darme algún mensaje? ¿Es acaso de Juan?

La muchacha levantó la mano y el ser alado se inclinó hacia ella.

—Seguro que tienes hambre. Si te doy un poco de pan, ¿me dirás lo que te dijo? —preguntó—. Espérame.

Laura fue en busca de sobras, pero, cuando regresó, el animal se había marchado. De igual forma, dejó el pan en la ventana por si volvía.

Luego, la joven se acostó, se tapó con sus mantas y, al tomar la margarita, volvió a sentir su fuerte y agradable aroma.

En ese mismo instante, Juan hacía lo mismo. No aguantó más, se levantó y agarró la flor.

Ambos sintieron la fragancia en su pecho llenando su corazón, hasta que Morfeo los envió por un tobogán de inspiración en un profundo sueño.

EL COMIENZO

Muchos años atrás, antes de que este pueblo fuera un lugar bohemio y de anclaje para las embarcaciones, los habitantes de Chanca habitaban de forma monótona y tranquila. La gran mayoría de las personas se conocían, vivían de la pesca artesanal, de sus cultivos y del comercio local, y utilizaban el trueque.

Hasta que un día, un barco apareció en la costa y un bote se acercó a la orilla. De él descendió un tipo de aspecto frío, delgado y refinado, acompañado de un par de personas robustas que, al bajarse, se pasearon por todo el puerto. Los habitantes del lugar miraban a este visitante con asombro y temor. Este sujeto caminaba observando el pueblo entero. Llegó hasta el río, miró que la quebrada era larga y llena de arbustos y, en ese momento, con una leve sonrisa, se dirigió a uno de sus acompañantes, y dijo:

—Este será el lugar perfecto.

Las personas, que en ese momento trabajaban la tierra, dejaron lo que estaban haciendo para erguirse y sacarse el sombrero de paja. Siguieron con la mirada al recién llegado, quien, sin decir una palabra, regresó por su camino, subió al bote y volvió al barco.

Las personas comentaban entre ellas:

—¿Qué querrá este tipo? ¿Acaso nuestras tierras?

—No, no lo creo. En este puerto no hay mucho que explotar.

—¡A lo mejor viene a modernizar el pueblo!

—¿Modernizar?

Algunos pescadores pensaban que eso sería bueno para su negocio, por lo que los comentarios iban y venían por todos los rincones del lugar.

Transcurrieron dos días y fue entonces cuando, muy temprano en la mañana, las personas oyeron unas campanadas provenientes de la playa. Todos, sorprendidos, llegaron a la orilla y vieron una especie de tarima con muchas personas a su alrededor. Parado en ella se encontraba aquel sujeto, con una sonrisa confiable, pero con el aspecto igual de frío, gritando:

—¡Acérquense! ¡He venido desde muy lejos a traerles algo que les cambiará la vida para mejor!

Las personas, que no estaban acostumbradas a este tipo de visitas, se miraban desconfiadas, cuando alguien preguntó:

—¿Qué es lo que busca en el pueblo, señor?

—Vengo a ofrecerles el camino hacia el mañana, señores. Hace unos días que llegué por aquí y me di cuenta de que les hace falta un cambio; y yo se los vengo a regalar. Así es, a regalar.

—¡No queremos cambios en nuestro pueblo! —vociferaban con firmeza algunos porteños.

—¡Sí, mejor regresa por donde llegaste!

—Señores, reconozco que no fui un caballero. Primero que todo, me presento: mi nombre es Vicente del Rosario Valdez y vengo desde muy lejos, recorriendo el mundo entero para abrir las puertas hacia el comercio exterior a pueblos tan hermosos como este, incorporando un sistema donde todas las personas podrán hacerse de cuantiosas ganancias con tan solo un muelle. En especial ustedes, las personas que vi trabajando esas fértiles

tierras. ¿Se imaginan exportar sus productos, señores? ¿Establecerse con un espacio donde personas de otras ciudades lleguen y paguen por probar sus frutos?

Algunos sí lo imaginaban. Otros, pensaban que, si aquello ocurriera, esos forasteros no vendrían solo por un día; necesitarían un lugar en el que hospedarse, y sus casas serían ideales para acogerlos.

—¿Y qué ganaría usted con esto? —se escuchó a viva voz.

—No vengo a mentirles, señores. Primero, no les pediré nada; solo que acepten mi propuesta y luego, simplemente, me pueden pagar con sus productos. Usted, señor, ¿a qué se dedica?

—Yo soy pescador.

—Muy bien, usted podría vender sus pescados. Yo le ofrezco un lugar donde poder hacerlo y, a cambio, me pagará un pequeño porcentaje —afirmó, para después dirigirse a otro—. Usted, señor, ¿qué sabe hacer?

—Yo soy el peluquero del puerto.

—Perfecto. A más de una persona le hace falta un corte de pelo, en especial a este —bromeó, señalando a uno de sus hombres—. Esa es la idea y, ahora que está claro, permítanme a mí y a mis hombres establecernos por unos meses, y les prometo que verán cambios buenos para ustedes.

Algunos asentían felices, mientras otros negaban con la cabeza.

—Se me estaba olvidando algo muy importante. Les traje algo para agradecer su hospitalidad —dio dos palmadas, y sus hombres de inmediato sacaron unas cajas con botellas de vino, ron y cigarrillos, que empezaron a distribuir entre los lugareños.

—Consideren esto como un obsequio.

Poco a poco, los regalos se repartieron por doquier. La gente se acercaba a recibirlos y, sin darse cuenta, aceptaba la propuesta de aquel sujeto.

Pasaron algunos meses y los hombres de Vicente, rápidamente, construyeron un muelle. Pusieron un paseo cerca de este con adoquines e instalaron una pequeña glorieta, casi en el medio del pueblo. Cerca del río, construyeron también una enorme casa y, en el frontis, colgaron un gran letrero que decía «Bar».

Los primeros en ingresar a este antro fueron los pescadores locales. Se sentían a gusto con un espacio donde podían compartir y hablar de la vida con sus amigos, mientras, claro, disfrutaban de una copa de vino.

—El primero corre por la casa —decía Vicente, quien, como anfitrión, daba la bienvenida a los porteños.

Sin embargo, luego de un rato de observar que la botella se les terminaba, Vicente hacía una señal al encargado de la barra. Cuando a los clientes se les antojaba otro vino, este les informaba que el segundo tenía costo. El tipo daba media vuelta, regresaba a su mesa y, con sus compañeros, lograban juntar un par de monedas para comprar una más, sin darse cuenta de que estaban siendo inducidos en el más antiguo círculo vicioso.

Una madrugada, muy temprano, zarpó el barco de Vicente, desapareciendo hacia el sol naciente. La escena de que la primera botella corría a cuenta de la casa se hizo más frecuente.

Semanas después, se divisaron dos embarcaciones a lo lejos. Se acercaron a la bahía, dieron uso al firme y nuevo muelle y, de su interior, surgieron unos marineros altos y robustos. Todos ellos vestían impecables uniformes. Caminaron por el centro del pueblo, que en realidad consistía en una plazuela, la única con la que contaba el puerto. Los recién llegados miraban con

desagrado las pequeñas casas a su alrededor cuando, de repente, un hombre con las manos gastadas por trabajar la tierra se acercó, ofreciendo una roja y linda manzana a un marinero. Este la tomó, la mordió y exclamó:

—Hum... Está deliciosa. Tome —dijo, entregándole un par de monedas—. Deme dos más, por favor.

—Sí, claro. Aquí tiene.

El hombre se retiró con la mano abierta, mirando lo que había obtenido por vender su producto. De inmediato, los demás le imitaron, ofreciendo lo mejor que podían a estos visitantes: frutas, mantas, hospedaje para la noche, entre otras cosas. Llegando de quién sabe dónde, lo único que desearía cualquier persona es disfrutar de lo que tierra firme puede ofrecer.

Después de una tarde muy agitada para los porteños, con sus caras llenas de emoción al ver que las palabras de aquel sujeto se hacían realidad, regresaron a sus casas más que satisfechos. Aquella escena empezó a repetirse una y otra vez. Pero, al cabo de unos meses, el barco de don Valdez regresó a la playa. En aquella ocasión, traía algo más consigo, algo que cambiaría la vida en ese lugar.

BAÚL

En la madrugada, cuando la neblina caía, Vicente descendía del barco, y esta vez lo hacía acompañado de una docena de mujeres. Todas ellas iban con las manos atadas y la cabeza cubierta con capuchas sucias. Se encaminaron en dirección a su bar. Los marineros a cargo del antro tenían todo preparado para su llegada y habían dispuesto un cuarto privado para cada fémina. En silencio, las hicieron subir por las escaleras y posicionarse fuera de la puerta de la que sería su habitación, que Vicente abrió una a una. Al terminar, se puso al final del pasillo y dijo con una leve sonrisa:

—Por favor, caballeros, muéstrenles sus aposentos.

Sus hombres les cortaron las amarras de las manos, les descubrieron el rostro y las empujaron con tosquedad hacia el interior del cuarto. Vicente puso sus manos detrás de su espalda, sosteniendo el manajo de llaves con la cabeza gacha. Una leve sonrisa de satisfacción y, al mismo tiempo, siniestra, se dibujó en su rostro mientras comenzaba a caminar. Tras descender por las escaleras, anunció a sus marineros:

—¡Pronto, señores, seremos dueños de este puerto!

Unos días después, acompañado de sus hombres, se dirigió al muelle y miró hacia el horizonte con un catalejo.

—Muy pronto aparecerán unos barcos que nos visitarán y serán nuestra olla de oro.

Luego de un par de horas, en efecto, apareció un pequeño barco y, al divisarlo, inmediatamente chasqueó los dedos y ordenó a unos de sus hombres:

—Tú, regresa al bar y prepáralo todo.

Sin decir una palabra, el peón asintió y se retiró.

Ya en el bar, junto a otros compañeros, este preparó las tinas de baño con hermosas rosas, aceites y sales traídas desde muy lejos para esa ocasión. También cocinó deliciosos banquetes para las mujeres. Mientras tanto, en el muelle, Vicente recibió a los marineros que subían las escaleras con agilidad. Algunos, al hacerlo, respiraban con anhelo, comentando entre ellos:

—Por fin en tierra firme... Fue un largo viaje.

—Sí, por fin a descansar.

Nueve navegantes fueron los primeros en llegar.

—Bienvenidos a este, su puerto, señores.

El capitán dio un paso al frente y estrechó la mano de Vicente.

—Espero que se cumpla lo prometido, ya que nos hemos desviado de nuestro destino por venir a este asqueroso puerto que nadie conoce.

—¡Por supuesto! En este mismo momento mi lugar está esperando por ustedes.

Era evidente que Vicente solo quería su dinero y, como tenía que cumplir lo que prometió, caminaron juntos hacia su bar. En el trayecto, los visitantes aprovecharon para comprar productos artesanales, frutas, entre otras cosas. Cuando llegaron al bar, Vicente abrió las puertas de par en par.

—¡Adelante, pónganse cómodos! —exclamó, mostrándoles las mesas. Dio dos palmadas y, de pronto, aparecieron sus

hombres con exclusivas botellas de ron y vino—. Elijan uno, señores, que la primera va por cuenta de la casa.

De inmediato, un marinero se puso de pie y se quejó:

—Siempre es igual en todos los bares que visitamos. No pienso recibir nada gratis, así que déjala, que yo pago esta ronda.

Entre risas y gritos, sus amigos lo golpearon en el hombro y exclamaron:

—Muy bien, ya era hora que dijeras eso.

Vicente se retiró con una leve sonrisa y se acercó a uno de sus hombres:

—¿Están listas las chicas?

—Listas, señor.

—Muy bien. Ahora consigue todo lo que ellos te pidan. Mientras, subiré a hablar con ellas. Recuerda, el trago y las bebidas son solo el enganche, así que mantenlos contentos.

—¡Sí, señor!

Vicente juntó a las mujeres en un cuarto, quienes apenas se encontraban cubiertas con ropa interior.

—Bueno, chicas, ¿qué les pareció el banquete? Apuesto a que nunca habían visto tanta comida —dijo, paseándose de lado a lado. Las miraba de arriba a abajo, estudiando sus rostros angelicales y pómulos rosados. Algunas de ellas se tomaban de las manos, sin saber qué más seguía a continuación, y escuchaban, de manera tímida y atenta, cada palabra suya—. Desde luego, después de ofrecerles semejante festín, tienen que hacer una cosa para mí.

Tras dar unas palmadas, dos de sus hombres aparecieron con un enorme baúl, lo pusieron en el piso y, al abrirlo, las chicas vieron que dentro había hermosos vestidos, pinturas y perfumes. Ellas se asomaron con curiosidad.

—Tomen, elijan el que mejor les quede; pónganse bellas, porque abajo hay unos marineros esperando por ustedes.

Sin embargo, una de ellas se quedó atrás y ni siquiera prestó atención al baúl, sino que lo miró fijamente con odio y desprecio. De repente, se acercó y escupió en los pies de Vicente, ante lo cual el cuarto entero se paralizó.

—Tú lo que quieres es que vendamos nuestro cuerpo a cambio de comida, baños de aceites y rosas. ¡No eres más que un cerdo asqueroso!

Las demás retrocedieron con los vestidos ya entre sus brazos. Vicente, en silencio, subió sus finos zapatos de cuero sin pasadores al baúl y, con un pañuelo, los limpió. Al erguirse, su rostro se tornó siniestro y, con una bofetada de revés, la musa cayó encima del baúl. Mientras se arreglaba su camisa, el hombre movía su cuello de lado a lado, vociferando:

—¡Escúchenme bien! Esto va para todas, y solo lo repetiré una vez. Si no quieren regresar a la madriguera de ratas de donde las saqué, usarán esos vestidos, se pondrán hermosas, deseables y harán todo lo que los caballeros de abajo les ordenen —dijo, señalando al piso. Terminó con un fuerte grito—: ¡Me escucharon!

Con voz tímida, las chicas respondieron al unísono:

—¡Sí, señor!

—Y tú, ¡levántate! No quiero que ensucies esos trajes con tu asquerosa sangre. ¡Llévensela de aquí!

Luego, caminó hacia la puerta, dio media vuelta y dijo, completamente relajado:

—Disculpen, señoritas. No sean tontas y den lo mejor de ustedes —pidió, cerrando la puerta tras de sí.

Mientras caminaba detrás de sus hombres, pudo oírse desde todo el segundo piso cómo les indicaba que encerraran a aquella muchacha en su habitación.

—Ojalá que lo que comiste hoy te dure toda la semana. Por un momento, creí que una mujer madura como tú mantendría el orden en este lugar, pero está claro que me equivoqué.

Minutos después, Vicente presentó a las demás.

—Caballeros, aquí tienen lo prometido. Señoritas, por favor, acérquense.

En ese instante, empezaron a bajar unas lindas y delgadas piernas de suave piel, muslos firmes y tiernos, y pechos altos, como los de una diosa. Los marineros quedaron boquiabiertos e inmediatamente se acercaron. El primero hizo a un lado las sillas a su paso para tomar la mano de una de ellas.

—Hola, linda, ¿cómo te llamas?

—Matilde, señor.

El marinero miró a sus compañeros, se frotó las manos y, contemplándola de nuevo, dijo:

—¿Por qué no me muestras tu cuarto? —preguntó, acercándose a su cuello para sentir su perfume.

Ella, con timidez, miró de reojo a Vicente, quien, sin hacer ningún gesto, le contestó en silencio. Entonces, la musa no dudó y tomó de la mano al marinero y se lo llevó al segundo piso. Aquello fue suficiente para que los demás tomaran la misma iniciativa y se repitiera la escena.

Al día siguiente, los hombres salieron satisfechos y, sin dudar, pagaron lo que Vicente les pidió. El capitán fue el último en salir y dijo:

—Muy bien, cumpliste con tu palabra, y créeme que regresaré —afirmó, entregándole un gran fajo de billetes para, a continuación, retirarse y partir en su barco hacia el horizonte.

RECUERDOS

Pedro, Gringo y Aurelio eran apenas unos jóvenes navegantes a cargo de Vicente cuando llegaron al puerto. En sus horas de ocio, tenían aventuras como cualquier muchacho de su edad: corrían y jugaban en la orilla del mar, subían cerros y se deslizaban por las dunas cercanas; incluso discutían, llegando a los golpes, pero siempre se reconciliaban.

Su labor era obedecer al pie de la letra lo que el patrón les ordenara: limpiar los pisos, levantar cajas y echar a los borrachos del bar. En ocasiones, se aprovechaban robando sus pertenencias, pero siempre cumplían con el trabajo encomendado.

A veces, se escondían en el entretecho para ver cómo las mujeres se desvestían. Hasta desglosaban sus partes íntimas, haciendo comparaciones.

Algunas noches, subían al techo y se acostaban para contemplar las estrellas. Por aquel entonces, Aurelio afirmaba:

—Mi vida está en altamar. Seré un gran marinero y, algún día, tendré mi propio barco. ¡Ya lo verán! Recorreré todos los puertos del mundo y seré famoso; muchas personas solicitarán mi servicio.

Pedro, a su vez, comentaba:

—No sé, yo preferiría vivir tranquilo. No me gusta viajar en barco, así que me conseguiré una esposa y criaré muchos hi-

jos. Tendré una familia; sabré lo que es tener una familia. ¿Y tú, Gringo, qué es lo que deseas? ¿Piensas trabajar aquí para siempre?

—¿Trabajar? ¡Esto no es un trabajo! Trabajo es cuando te dan dinero a cambio. Yo tendré un bar y seré rico. Seré el propietario de un barco y dueño de un pueblo entero.

—Entre risas, Aurelio y Pedro le respondieron:

—Estás loco. Si no nos pagan, ¿cómo podrás lograr esas cosas?

—No lo sé, pero encontraré la forma de hacerlo.

—El día que tú seas dueño de un bar, no olvides contratar mi embarcación para transportar tus encomiendas. ¡Y tú, Pedro! Si quieres, podrás trabajar conmigo —exclamó Aurelio.

—Te he dicho que no me gusta navegar —recalcó su amigo.

—Pero quizás en el mundo donde Gringo sea un terrateniente, tú podrías ser un temerario pirata —respondió Aurelio.

Entonces, los tres se echaron a reír a carcajadas.

Esas conversaciones eran habituales entre ellos y, con el paso de los años, poco a poco, las ideas y sueños de cada uno fueron tomando más fuerza. Gringo empezó a robar con más frecuencia a los ebrios que se dormían afuera del bar, y Aurelio siempre buscaba ayudar en lo que fuese a las embarcaciones que llegaban.

Gringo ahorró dinero suficiente para comprar cajas de licores a bajo precio y venderlas a espaldas del patrón, con la ayuda de Aurelio, quien tenía amistad con los marinos mercantes que llegaban al puerto. Pedro, por su parte, solo les seguía por el vínculo de hermandad que los unía, sin dejar de lado su gran anhelo de formar una familia.

Pero todo cambió cuando, una noche, Vicente les dio una orden que los marcaría para siempre. Debían partir en la madru-

gada a buscar un pedido a una isla. Le confió un maletín lleno de dinero a Pedro y le encomendó:

—Escúchame, no cometas errores, elige bien. Solo cierra el trato y elige bien. ¡Ah! Otra cosa: tomen. Usen esto. Si van en mi representación, luzcan dignamente —ordenó, entregando una boina de cuero a cada uno.

Pedro odiaba la idea de volver a viajar. Por el contrario, Gringo solo pensaba en cuánto dinero llevaba el maletín y, de vez en cuando, comentaba:

—¿Y si solo sacamos un poco? No creo que se den cuenta de que faltan un par de billetes.

Aurelio, por su parte, estaba fascinado con volver a navegar. Cuando llegaron a la isla, bajaron el bote para acercarse a ella. Gringo estaba parado al frente, Pedro sentado con el maletín entre sus brazos, y Aurelio remando entusiasmado, con la vista puesta en la orilla.

Finalmente, llegaron; tiraron del bote hasta tierra firme, caminaron un par de metros y, entre bromas, Aurelio comentó:

—¿Y si fuera una isla de caníbales? He escuchado a más de un pescador contar historias acerca de gente que cocina a otras personas.

—De ser así, estoy preparado —aseguró Gringo, mostrando un pequeño cuchillo corvo amarrado a su cinturón.

Fue entonces, minutos después de su llegada, cuando aparecieron dos hombres fornidos de piel morena. Cada uno con un gran sable ajustado a la cintura.

Pedro observó que Gringo trató de tomar su corvo y le advirtió:

—No vayas a cometer alguna estupidez. Esperemos a ver qué es lo que quieren.

A lo que Aurelio acotó:

—¡Comernos, de eso estoy seguro!

De pronto, entre las palmeras, aparecieron dos sujetos más, y se vieron rodeados. Gringo, sin dudar ni un segundo, sacó y empuñó con firmeza su cuchillo, gritando con valentía:

—¡A mí nadie me va a cocinar! ¡Me escucharon!

Entonces, Pedro, abriéndose paso, dijo:

—Venimos de parte del señor Vicente Valdez.

Inmediatamente, los desconocidos respondieron:

—Por aquí, sígannos.

Aurelio y Gringo quedaron sorprendidos y más tranquilos. Así que los tres amigos siguieron a aquellos tipos.

Cuando iban caminando por un sendero, lograron ver una multitud de mujeres encarceladas como animales. Todas de una belleza deslumbrante, pero de mirada desgastada. Cuando ellas se daban cuenta de su presencia, se pasaban la voz entre sí y extendían la mano, gritando:

—¡Llévame a mí! ¡Llévame a mí!

Pedro caminaba con el maletín entre sus brazos, impactado por lo que veía. Aurelio y Gringo, por un momento, se preocuparon de los hombres que los escoltaban y miraron el lugar con curiosidad. De pronto, Pedro se fijó en que, en una jaula en particular, había una muchacha que parecía no tener entusiasmo por ser liberada y, mientras los demás se alejaban, él aprovechó para acercarse y preguntar:

—¿Cómo llegaste a aquí? ¿Te sientes bien?

Ella levantó la mirada, se acercó extendiendo su mano y le entregó una flor. Se trataba de una margarita marchita, y lo único que ella respondió fue:

—Así me siento.

Pedro fue empujado por un escolta que le ordenó continuar su camino y no tuvo más remedio que seguir.

El grupo, enseguida, llegó hasta una enorme casa, donde fueron recibidos por un hombre de buen vestir: llevaba un sombrero de paja de tejido tupido, adornado con plumas y un cinto negro. Tenía aspecto soberbio, una barba blanca muy bien cuidada y zapatos de piel de cocodrilo, que hacían que se viera como un magnate intocable.

—Bueno, así que ustedes son los lacayos de Vicente, ¿eh? ¿Traen el maletín?

—Sí —respondió Pedro.

—Perfecto, acompáñenme.

A continuación, fueron a la parte trasera de la mansión, donde se encontraron con no menos de veinte mujeres en formación. Todas de una belleza capaz de seducir a cualquier hombre solo con sus atributos físicos. Ellas, quienes apenas iban cubiertas en sus partes íntimas, se mostraban de lo más sonrientes.

—El acuerdo incluía a cinco mujeres, por lo que, si desean más, solo les haría falta otro maletín como el que andan trayendo. ¡Adelante, elijan, señores!

Gringo se adelantó y comentó:

—Así que de este lugar es de donde el viejo consigue a las mujeres. Ese maldito sí que es todo un diablo.

Gringo se paseaba de lado a lado, mientras sus amigos se quedaron pasmados por lo que acontecía ante sus ojos.

—¿Sabes? Estoy consciente de que este viejo es un proxeneta, pero no pienso ser parte de esto; lo mío es navegar. Deberíamos irnos de aquí e inventarnos algo para decirle al viejo, como que no encontramos la isla. No sé, algo por el estilo —dijo Aurelio.

Pedro, a pesar de que compartía la misma opinión, era una persona muy recta, que acataba las órdenes de su patrón, y le respondió:

—Tu idea no es tan buena. La orden fue venir y elegir a cinco de estas mujeres. De no hacerlo, ¿crees que podremos irnos así como así? Mira a esos sujetos; lo único que esperan es cerrar el trato.

—Está bien, entonces los dejo a ti y a Gringo. Conmigo no cuenten. Los esperaré en el bote.

El anfitrión de la isla se acercó a Pedro y preguntó:

—¿Le pasa algo a tu compañero?

—No, solo quiere cerciorarse de que dejó bien amarrado el bote.

—Bueno, bueno... Vamos, empiece a elegir, mi estimado. Ya que, si no lo haces, tu amigo de allá lo hará por ti.

Gringo, por su parte, sin temor, se acercaba con ojos brillantes. Todas ellas mostraban una gran sonrisa, pero ninguna decía una sola palabra.

—Qué lindos ojos tienes... Sí, tú.

Los escoltas la tomaron del brazo y la separaron del grupo. Y así fue con las siguientes tres mujeres. Pero una en especial contaba con una mirada intensa, de ojos azules, como si ellos guardaran el cielo entero de primavera. De tez blanca y labios rojos, la joven llamó mucho la atención de Gringo. Él se acercó y preguntó:

—¿Cuál es tu nombre?

Ella miraba de reojo al frío dueño de la isla. Aunque mantenía la sonrisa, no dijo ninguna palabra. Entonces, fue cuando el señor observó que Gringo la miraba de manera diferente y le ordenó:

—Vamos, dile tu nombre a nuestro visitante.

Titubeante, ella respondió:

—Laura es mi nombre, señor.

—Laura, ¿te gustaría acompañarme?

Cuando uno de los escoltas se iba acercando para separarla del grupo, el patrón lo detuvo y dejó que fuera Gringo quien se la llevara.

—Con ella serían cinco, así que... señores, terminemos con esto.

—Vamos, Pedro, entrégale el maletín —dijo Gringo.

—No, aún no. Quisiera llevarme a una que no está entre estas filas. La vi encerrada en una de las jaulas al frente de la casa.

Señalando a un escolta, el jefe le ordenó acompañar a Pedro para que indicara a cuál se refería.

—Un segundo —pronunció Pedro—, pero esa mujer no será para Vicente, sino mi acompañante.

—Escúchame bien, están a punto de colmar mi paciencia. Negocios son negocios. Si deseas una mujer más, tendrás que pagar. ¡Me escuchaste!

De pronto, Pedro sacó un fajo de billetes de entre sus ropas y, entregándolo, preguntó:

—¿Esto será suficiente?

—Hum... —balbuceó el hombre, quien tomó el dinero, miró a Pedro con unos ojos de avaricia y respondió—: Sí, claro que sí. Ahora nos estamos entendiendo.

Pedro y el escolta fueron a buscar a la chica que le entregó la margarita marchita.

—Acércate, vamos —pidió el muchacho—. ¿Te gustaría acompañarme? No tengas miedo, te prometo que no te haré daño.

Ella tendió su brazo y, al palpar su mano, se creó una conexión entre ambos. Por un instante, las facciones de la musa se tornaron dulces.

—¿Cómo te llamas?

—María es mi nombre.

—María, solo quiero ayudarte. Si vienes conmigo, te prometo que tendrás una mejor vida.

La cara de la joven se llenó de esperanza y, sin dudarlo, aceptó la propuesta.

—Bueno, ahora entrégame el maletín y el trato estará cerrado.

—Sí, aquí lo tienes. Aunque me gustaría pedirte otro favor.

En ese momento, Gringo se acercó a su amigo:

—Pedro, creo que ya es suficiente. No olvides que es un hombre de negocios y no sabemos hasta dónde llegará su paciencia. A sujetos como estos, de seguro que no les importaría mandar a que nos corten la cabeza y quedarse con nuestro dinero.

—¿Y tú, cómo sabes eso?

—Lo sé porque es lo que yo haría con unos tipos como nosotros.

—Te escucho, dime. ¿Qué es lo que deseas?

—Quisiera que guardaras el secreto a mi patrón. Él nos envió por cinco mujeres, así que desearía que, por favor, esto quedara entre nosotros.

—Es osado de tu parte pedirme algo así. Tú eres un mero comprador en comparación con un cliente habitual, como tu jefe. Pero... no dejas de ser un comprador. No te preocupes, muchacho. Muy bien, con esto cerramos el negocio y ahora saquen su humanidad de mi isla. Ah, y díganle a su jefe que siempre es un placer hacer negocios con él.

Al regresar a la orilla, Aurelio tenía listo el bote para partir. Al subir y percatarse de que eran seis las mujeres, desconcertado preguntó:

—¡Aquí sobra una!

La chica que Pedro rescató se apegó a él, buscando protección.

—No temas, es mi amigo; no te hará daño. Aurelio, ella viene conmigo.

—Pero... ¡Vicente nos matará! Además, ¿de dónde sacaste el dinero para comprarla?

—Todos estos años vendiendo licores con ustedes... sabía que algo bueno tendría que salir del dinero obtenido.

—Pero el patrón no dejará que sea tuya. Sabes muy bien lo que hará con ella si la ve entrar al bar.

—Con un grito de furia, que llegó a paralizar las aguas, respondió:

—¡No! ¡Eso jamás sucederá! Tengo un plan. Tú solo rema y llévanos al barco.

Aurelio miró a Gringo y se percató de que éste estaba tratando de seducir a la mujer de ojos azules que eligió. Movi6 la cabeza de forma negativa y exclam6:

—Esto no est1 bien. Espero que sepan lo que hacen. Pero, sea lo que sea, no est1 bien.

Era de noche y la neblina caía sobre el muelle del puerto cuando los j6venes llevaron a las mujeres en direcci6n al bar. Antes de llegar, Pedro dijo:

—Bueno, tomaré otro camino.

—¿Qué intentas hacer? —pregunt6 Aurelio.

—Ella no vivirá en el bar; no será tratada como las otras. Me la llevaré para esconderla en la cabaña que est1 rí arriba.

—Pero... Gringo, ¿no piensas decirle nada?

—Que haga lo que se le plazca. Al fin y al cabo, el viejo solo espera a cinco mujeres.

—Muchas gracias —dijo Pedro, y se march6 junto con la muchacha.

Al entrar al bar, Vicente los recibió.

—Veo que hicieron bien el trabajo que les encomendé.
¿Dónde está Pedro?

—Se sentía mal por el viaje; a él no le gusta navegar, así que se fue a dormir —respondió Aurelio.

—Bueno, lo importante es que cumplieron con la orden.

Entonces, Vicente revisó una por una a cada mujer, mientras ellas se sentían intimidadas por su presencia.

—Bien, muy bien.

De pronto, llegó el turno de Laura, la joven que Gringo eligió. Ella, al ver que Vicente se acercaba, trató de buscar refugio detrás de su salvador. El hombre se paró enfrente y le pidió que se moviera, pero su empleado no lo hizo. Pasaron apenas unos segundos cuando don Valdez repitió con un grito de autoridad:

—¡Muévete he dicho!

Gringo, finalmente, se hizo a un lado.

—Pero ¿qué tenemos aquí? ¡Menuda belleza! —exclamó, tomándola de las manos—. No me temas. Mírame y dime, ¿cuál es tu nombre?

En ese preciso instante, Aurelio notó que Gringo estaba incómodo y con intenciones de hacer algo que él no logró entender.

—Laura, señor.

—Laura, tu nombre es igual de hermoso que tu rostro. Bueno, Laura, a partir de ahora esta será tu casa.

Como siempre, lo primero que hacía era tratarlas como cristal para ganarse su confianza. Las chicas aún no sabían qué funciones cumplirían en ese lugar, pero los dos amigos eran más que conscientes de que estaban allí para cumplir un solo objetivo: enriquecer al viejo.

DESTINO

Tiempo después, Pedro se marchó junto a la muchacha. Lograron reparar la vieja cabaña, convirtiéndola en su hogar, e intentó retomar los negocios para sustentarse.

Mientras tanto, Gringo visitaba el cuarto de Laura a escondidas del jefe. La atracción y sentimiento que despertaron en él lo demostraba con sus actos, ya que, a pesar de tener un carácter lacónico y rudo, sentía un fuerte sentimiento hacia ella y, en el fondo, no quería que pasara por los mismos tratos que las demás.

Laura, en sus primeros días, se sentía conforme. Tenía una cama en la que dormir, comida y agua caliente. Hasta que las otras chicas empezaron a hablarle acerca de cuál era su verdadero deber.

Mientras refregaba el piso, las demás notaban su expresión.

—La luz de tu rostro pronto cambiará. Vicente te estrenará este fin de semana, porque llegarán las embarcaciones.

—¿De qué están hablando? ¿A qué se refieren con eso?

—Por favor, ¿acaso crees que todas estas comodidades son gratis? No olvides de dónde te sacaron. Si tu otro dueño era un desalmado, este de aquí, es el que te quitará todo lo que anhelas.

Laura empezó a angustiarse, pero siguió refregando el piso.

En una ocasión, junto a Gringo, ella le preguntó:

—¿Qué es lo que sucede en verdad en esta casa? Cuéntame, vamos...

Gringo solo la acariciaba con la mirada, abrazándola sin decir una palabra.

Llegado el fin de semana, Gringo era consciente de que las cinco mujeres serían presentadas esa noche, y la que se rehusara a obedecer recibiría un castigo que podría ser fatal.

De repente, Pedro llegó al lugar donde se juntaban a vender los licores, cerca del muelle. Aurelio, al verlo, se sorprendió.

—Pedro, ¿dónde te habías metido? El viejo no para de preguntar por ti. ¿Cuándo regresarás al bar?

—No pienso regresar, ya no quiero trabajar para él...

Pedro, al contemplar el rostro de Gringo, notó que algo lo afligía:

—Bueno, quisiera saber si aún estoy dentro.

—¡Claro que sí! Vamos, ayúdame a abrir esta caja.

Mientras Aurelio ofrecía licores, Gringo se acercó a Pedro y le preguntó:

—Dime, amigo, ¿aún confías en mí?

—Por supuesto, sabes muy bien que sí, pero, ¿qué ocurre? Te noto distinto, ¿te sucede algo?

—¿Sabes?, tú tienes algo que yo nunca tendré: tu valentía para tomar decisiones.

—Gracias, pero a ti te sucede algo. Vamos, dime, ¿de qué se trata? —pidió, mientras entregaba otra botella a Aurelio.

—Nunca pensé sentir atracción por alguien... y esa chica, Laura, siento que no me merece. Además, estoy seguro de que el viejo la estrenará esta noche.

—Pero, ¿qué estás diciendo? Tienes que hacer algo si de verdad deseas salvarla. Devuélvele el dinero que pagó por ella. Quizás él podría entender que deseas tener una compañera.

Entre risas falsas, Gringo le respondió:

—Eso nunca sucederá. Todo es un puto negocio para él.

Mientras seguían con su comercio, alcanzaron a distinguir cómo dos hombres de Vicente recibían de un pequeño bote un enorme baúl. Los tres sabían que dentro se hallaban trajes y vestimentas para las mujeres que ellos mismos trajeron de aquella isla. Fue entonces que Gringo tomó prisa y les comentó:

—Me tengo que ir, luego nos vemos.

—¿A dónde vas? —preguntó Pedro.

—Déjalo y sigamos con las ventas, que van de maravilla...
—interrumpió Aurelio.

Gringo entró por la puerta trasera del bar, sacó el manajo de llaves que Vicente guardaba en el cajón y subió por las escaleras hasta la puerta del cuarto de Laura. Al abrirla, con un gesto de silencio, pidió que lo acompañara. Las demás chicas lograron ver entre las rendijas de madera cómo su compañera era rescatada, pero nadie hizo el más mínimo ruido; quizás esperaban que regresara por alguna de ellas. Quizás imaginarlo era su única salvación.

Tomó a Laura de la mano, trató de escapar por la ventana del segundo piso, pero vio que abajo se encontraban dos hombres conversando, así que descartó esa opción. Al bajar por las escaleras, se agachó y trató de ver hacia la barra; observó que Vicente se encontraba abriendo los cajones. Era el mismo mueble en el que se guardaban las llaves, solo que su patrón abrió un cajón más abajo, sacando de su interior un sacacorchos. Don Valdez abrió un vino, se sirvió una copa, se acomodó el cuello de su camisa, moviendo su cabeza de lado a lado, y salió por la puerta principal. En ese momento, Gringo aceleró la marcha, dejó las llaves en su lugar, salió por la puerta trasera y, finalmente, Laura y él corrieron río arriba.

Mientras Aurelio y Pedro terminaban de vender, platicaban un poco.

—¿Sabes? Siento que pronto llegará la hora de dejar este puerto y ser un verdadero marinero.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Hoy en la mañana, el barco que me entrega la mercancía me ofreció un puesto en la tripulación. Así que, si todo sigue como hasta ahora, quizás nuestros sueños se podrán cumplir. Tú, con esa hermosa chica que salvaste de la isla, podrás formar un hogar; yo seré un navegante, y solo faltaría Gringo, pero... ser dueño de un pueblo es mucha ambición.

—Sí que lo es —concordó Pedro.

Luego de terminar los negocios, Pedro regresó a su cabaña y se encontró a Gringo parado en la puerta. Por un instante, se imaginó lo peor. Se acercó y lo tomó fuertemente de sus ropas.

—¿Qué haces aquí?

—Tranquilo, solo vengo a pedirte un favor.

Al entrar, Pedro vio a María conversando con Laura, y ambos observaron que ellas lograron crear una conexión femenina, de esas que solo las mujeres pueden comprender. Entonces, le dijo:

—Así que lo hiciste... la salvaste de las garras del viejo.

—Sí, pero solo a ella.

—¿A qué te refieres?

—Escúchame, mi amigo. Quiero que, por favor, le des refugio; yo tengo que regresar al bar.

—Pero, ¿qué estás diciendo? Ahora que estás fuera, puedes tener una oportunidad de empezar una nueva vida.

—No, hoy no será ese día. Llegarán nuevas embarcaciones, el viejo esperará estrenar a las chicas y se dará cuenta que falta una. Si yo no estoy, podría sospechar. Así que tengo que estar

presente para poder persuadirlo. Solo te pido que se quede aquí por un tiempo. Prometo que regresaré...

Sin decir más, Pedro vio cómo su compañero se marchaba.

Al llegar al bar, Gringo se encontró con una terrible escena. Vicente tenía de rodillas a la mujer que ocupaba el cuarto junto a Laura y, gritando, la interrogaba:

—Una vez más, ¿dónde está la chica? ¡Vamos, responde!

Gringo quedó inmóvil y vio que la chica tenía moretones y lágrimas en las mejillas.

Ella miraba intensamente a Gringo cuando Vicente se dio vuelta cegado por la furia, y gritó con autoridad:

—¡Hasta que llegaste! ¿Dónde se supone que estabas? ¿Acaso piensas irte al igual que ese inútil de Pedro?! Explícame, ¿dónde está la chica? Tú sabes algo, dímelo...

Gringo miró de nuevo a aquella muchacha en el piso y se dio cuenta de que, a pesar de haber sido maltratada y humillada, no dijo nada, ni una sola palabra. Gringo, por un momento, dudó en confesar la verdad: gritar que él se la había llevado porque no quería que fuese tratada como un objeto y porque sentía la necesidad de protegerla, por el cariño que encontró en ella. Pero, con la cabeza gacha, se limitó a responder:

—No, mi patrón. No sé dónde puede estar.

Fue entonces cuando Vicente, ordenó llevarse a la mujer, mientras las demás escuchaban detrás de sus puertas lo que acontecía. El miedo fue suficiente como para no desobedecer ninguna futura orden que les diera este sujeto.

—¿Sabes? En este lugar están sucediendo cosas raras... Así que, desde ahora, tú serás mis ojos y mi mano derecha. Tu primera preocupación será encontrar a esa muchacha.

Y, con un nuevo grito, terminó diciendo:

—¡Debería estar en su habitación!

Gringo respondió, obediente:

—Sí, patrón.

Vicente arregló nuevamente el cuello de su camisa y ordenó que trajeran el baúl. Gringo se retiró y bajó al bar. Allí se encontraba Aurelio, terminando de ordenar los licores en el mostrador, y notó el rostro de preocupación que Gringo traía, pero inmediatamente cambió su expresión por una mirada segura y ruda. Su amigo salió por el frente, encendió un cigarrillo esperando que el humo ahuyentara lo vivido, y empezó a caminar por los alrededores.

Después de unos días, durante la madrugada, Gringo se encontraba durmiendo en su habitación cuando escuchó que tocaban a su puerta. Solo por desconfianza a que alguien sospechara de su osadía, empuñó su cuchillo corvo, abrió la puerta y se encontró con uno de los hombres de Vicente.

—¿Qué quieres a estas horas?

—El patrón dice que nos acompañes.

Cuando salió, levantó la mirada hacia el segundo piso. Allí estaba él, Vicente, quien le señalaba que se dirigiese hacia la parte trasera del bar. Otros dos hombres aguardaban en el exterior, cargando un bulto grande, cubierto por unos sacos y trapos sucios.

No era necesario explicar de qué se trataba, por lo que Gringo se limitó a decir:

—¡Vamos! ¡Caminen río arriba!

En efecto, el muchacho los llevó río arriba, aunque por otro sendero, lejos de la cabaña donde se encontraban Pedro, María y Laura. Finalmente, llegaron a una zona muy honda.

—¿Y ahora qué? —preguntaron los hombres.

Sin titubear, Gringo les respondió:

—Aten esa gran roca alrededor del cuerpo y luego láncenlo al río.

Al regresar, la mente de Gringo no dejaba de pensar en lo que estaba aconteciendo. «¿Qué debo hacer?», se preguntaba. «¿Digo la verdad? ¿Confieso que fui yo quien se llevó a Laura? ¡No! Jamás le diré dónde se encuentra. El que debería estar en el fondo del río es ese viejo, pero, ¿cómo lo hago? ¿Y qué hago después? ¿Qué estoy pensando? No seré como él. Sin embargo, la verdad es que ya lo soy al dejar que esa pobre mujer termine tiñendo el río de rojo con su sangre. Debo ser fuerte. Soy fuerte, puedo con esto, cumpliré mi sueño y seré dueño de este puerto. Tomaré el poder de todo; puedo hacerlo junto a Laura. Laura... Necesito verla. No, ahora no puedo; sería muy sospechoso que desaparezca repentinamente».

Mientras los hombres caminaban delante y, a pesar de todas las voces que escuchaba, Gringo alcanzó a distinguir que uno de los acompañantes decía:

—Esa maldita no quiso decir a dónde se fue esa perra, por eso terminó en el fondo del río. Al final, el viejo solo comprará otra y la reemplazará.

—Repíte eso —ordenó Gringo.

—Digo que, al final, el viejo reemplazará a la bastarda que se escapó, así que solo tendrá que comprar dos mujeres más, porque muy pronto esa de allá será comida para peces —afirmó, mientras trataba de encender un cigarro.

Los ojos de Gringo se agrandaron. Su mirada se transformó cual animal salvaje y hambriento, a punto de pegar el salto para dar la mordida fatal. Fue así, que impulsado por la furia, sacó su cuchillo, empujó al sujeto contra un árbol y se lo clavó por debajo de las costillas.

—Ahora no podrás repetirlo nunca más. ¡Y tú no te muevas!
—advirtió al otro hombre.

El sujeto quedó perplejo ante la reacción inesperada de Gringo y solo atinó a murmurar:

—Sí, señor. Lo que usted diga.

Finalmente, un cuerpo más terminó al fondo del río.

Al regresar al bar, Vicente los esperaba en la entrada.

—¿Cómo les fue? ¿Dónde está el otro?

Nadie respondió, pero obtuvo la respuesta mirando la expresión de furia de Gringo y el terror del otro sujeto. Por su experiencia y astucia, se dio cuenta de lo sucedido, y la frase: «salieron tres y regresaron dos» se hizo presente. Sin embargo, en vez de reaccionar con enojo, su cara se llenó de satisfacción y seguridad. Sentía que Gringo era capaz de cumplir cualquier tarea que él le ordenara. Era lo que necesitaba. Entonces, lo tomó del hombro, invitándolo a que lo acompañase a beber una copa.

—Ve y lávate esas sucias manos. Luego, anda a mi despacho.

Mientras Gringo se lavaba las manos y la cara, pensaba en todo lo que había hecho. La voz al interior de su cabeza no cesaba. «Lo hice por Laura. Lo hice para que se callara ese maldito, lo hice para que me respetaran y aprendieran a respetarme. Lo hice... ¿Lo hice? ¿Qué hice?» Se preguntaba, mirándose a los ojos fijamente en el espejo. «Y ahora este viejo quiere tomarse una copa conmigo. Debería clavarle mi cuchillo en su garganta. No, debería ganarme su confianza aún más y esperar el momento adecuado para regresar con Laura. Sí, eso debo hacer. Laura... Necesito verla, necesito saber cómo se encuentra. Pero, primero, debo ir con el viejo».

Vicente ordenó a sus hombres abrir cierto tipo de botellas. Al sentarse Gringo a la mesa, las copas ya estaban servidas.

—Esta es una de mi colección personal, así que disfrúta-
lo —dijo el viejo—. Bueno, ¿por dónde empiezo? Para ejercer y
progresar en esta empresa hay que tener mucho coraje, ¿sabes?
Las mujeres son la debilidad de los hombres. Como bien dicen,
son el sexo débil, ¿me entiendes? Débil... Enamorarse te debilita y
en la debilidad está el fracaso, pero escúchame bien: si sabes uti-
lizar esa debilidad, esta podría convertirse en tu mejor arma, una
con la que ningún hombre podrá resistirse: la lujuria. Gringo,
escúchame bien. La lujuria consume a los mejores hombres. ¿Por
qué crees que este pueblo ahora me pertenece? Pero lograrlo no
fue un camino fácil. Como ya te diste cuenta, hay obstáculos que
podrían llevarte a la ruina. Por ello, es necesario identificarlos y
eliminarlos o eliminarlas.

En ese momento, Gringo apretó los puños.

—Las personas débiles, sin visión de grandeza, están des-
tinadas a seguir órdenes. Y es ahí cuando se debe aprovechar la
oportunidad, porque la ambición es el mejor mal de superación.
Todos desean tener poder. Y cuando lo consiguen, adivina qué
sigue...

Lo único que dijo Gringo en toda la conversación fue:

—¿Más poder?

—¡Exacto! Y eso es justamente lo que la historia nos ha
enseñado a lo largo del tiempo. Y créeme cuando te digo que lo
seguirá haciendo. Así que hagamos un brindis.

Levantando sus manos, ambos hicieron sonar las copas. De
pronto, la expresión de frialdad regresó a la cara del viejo, que
dijo con voz menos entusiasta:

—Mañana a primera hora regresarás a la isla y me traerás a
dos mujeres más para reemplazar a la traidora, que estoy seguro
de que encontraremos, y a la que ahora yace en el río.

Gringo, de inmediato, pensó en Laura nuevamente, se sintió afligido y preguntó:

—¿Cómo la encontrarán?

—No te preocupes por ello; no estarás solo. Tengo hombres buscándola por todo el puerto. Después de todo, necesito sacarle el dinero que pagué por ella. Ya sabes a lo que me refiero...

En ese momento, Gringo se levantó de la mesa y, sin decir nada, se dispuso a marcharse. El viejo lo miró y le dijo:

—No te vayas a estresar. Recuerda que ahora tienes otro tipo de tareas y te necesito fuerte y tosco —dijo, dejando en claro que sería la punta de la lanza.

Gringo salió del bar, encendió un cigarrillo, acomodó su boina y empezó a caminar por los alrededores.

VIDA, MUERTE Y DECISIÓN

Luego de esa conversación, Gringo tenía muy claro que debía ganarse la confianza del jefe. Por eso cumplía al pie de la letra cada orden que el viejo le encomendaba. Fue en busca de las mujeres y ni siquiera las miró a los ojos; entregó el dinero y, sin charlar, se marchó. Las palabras del terrateniente fueron las mismas:

—Díganle a su jefe que siempre es un placer hacer negocios con él.

De regreso, solo pensaba en Laura. No aguantaba las ganas de verla. Al entrar al bar, escuchó que el viejo preguntaba a sus hombres:

—¿Encontraron a la chica de cabello negro?

—No, señor.

—¡Pues sigan buscando! De mí nadie se burla, ¡oyeron!
—gritó, antes de darse media vuelta y ver a Gringo.

—Ya cumplí con la orden.

—Perfecto, veamos.

—Voy a descansar.

—¿No te quedarás para mostrarles la casa a las bellas damas?

—No es necesario. Nadie lo hace como usted, jefe.

—Tienes toda la razón. Adelante, adelante chicas...

Y, una vez más, se repitió la misma escena.

Gringo se retiró del bar, encendió un cigarro y vio pasar a dos hombres conversando, a quienes miró fijamente a los ojos. Ellos asintieron con la cabeza como señal de respeto y siguieron su camino. En ese momento, Gringo tiró el cigarro y, de manera rápida y sigilosa, corrió río arriba. Antes de entrar en la cabaña, se detuvo a escuchar la conversación y las risas que procedían de su interior. Abrió la puerta y vio cómo ambas mujeres, asustadas, se resguardaban detrás de Pedro, buscando protección. Laura, al darse cuenta de que era Gringo, saltó a sus brazos, diciéndole:

—¿Dónde te habías metido? Me tenías preocupada. ¿Qué sucede? ¿Qué has hecho en estos días?

Gringo la tomó y la apreció con una mirada llena de emoción. Por un instante, se olvidó de todo: el hecho de que había asesinado a un hombre, de que ahora era la mano derecha del jefe y que la buscaban por todo el pueblo.

Pedro se acercó y cerró la puerta.

—Amigo, dime. ¿Cómo estás? ¿Te sirvo un vaso de agua?

—No, gracias.

—Cuéntame, ¿cómo están las cosas?

—No tengo mucho tiempo para estar acá.

—Pero si recién acabas de llegar. Quédate a pasar la noche —pidió Laura.

—Me temo que no puedo. Pedro, acompáñame, tengo que hablar contigo.

—Está bien. Quédense aquí, regresamos enseguida.

—Escúchame, viejo amigo. Quiero que cuides de Laura. Cada vez que tenga oportunidad, regresaré a visitarlos; toma esto —dijo, entregándole una gran cantidad de dinero—. Es para que no les falte nada.

—Pero, Gringo, quédate. Aquí estamos seguros. Nadie nos encontrará. Algún día podremos salir de este puerto. Aurelio

entrará a trabajar como tripulante en una gran embarcación y podremos buscar nuevos horizontes.

—No será necesario, porque tengo algo grande en mente. Estoy seguro de que cumpliré mi sueño. Desde ese día no tendremos necesidad de escapar.

—¿Tu... sueño? ¿De qué hablas? ¡No puedes ser dueño de un puerto! Este lugar es del viejo; mientras él sea el propietario de ese antro no habrá oportunidad. Aunque abramos otro, él tiene el mejor lugar.

—Es una gran idea, convertiremos esta cabaña en un bar.

—¡Estás diciendo tonterías! Vicente tiene muchos hombres trabajando para él. No nos dejaría surgir.

—Descuida, amigo. Pronto manejaré a todos sus hombres. Aprovecha el dinero, compra los materiales, y juntos derrocaremos al viejo.

—No sé, Gringo. Soy feliz con lo poco que tengo ahora. Aunque, pensándolo bien, es una idea arriesgada, pero podría resultar...

Ambos estrecharon las manos y cerraron la idea. De repente, apareció Laura. Gringo la miró fijamente.

—Los dejo a solas. Aprovechen cada minuto.

—Vamos a caminar —pidió Gringo.

La pareja llegó a las laderas del río y, junto a un escenario natural, se acostaron en unas grandes rocas dormidas por el mecer del agua. Allí, contemplaron juntos las estrellas. Fue el gran momento en que ambos se miraron a los ojos.

—Quiero darte las gracias por salvarme. Te estaré eternamente agradecida.

Gringo tenía las emociones a flor de piel. Su cabello negro, su tez blanca y sus grandes ojos lo mantenían en un estado en el que el sonido de los grillos podría ser una sutil sinfonía.

Aquel momento fue perfecto. Bajo la tenue iluminación, lograron amarse.

Cuando aparecieron los primeros rayos de sol, Gringo despertó. Se levantó con cuidado, se acercó hasta la orilla y se remojó la cara. Entonces, Laura apareció por detrás y le preguntó:

—¿Cuándo regresarás?

—Pronto, mi Laura, pronto. Ahora debo marcharme.

Y, sin más, partió hacia el bar.

Pasaron los días, las semanas, los meses, y Gringo aprovechaba cada oportunidad que tenía para poder visitar a su amada, sin dejar de lado sus obligaciones. Seguía realizando las tareas que su jefe le encomendaba, aunque ahora solo se ensuciaba las manos para dar algún golpe final a quienes se propasaban o hacían desorden en el interior del lugar. Una imagen típica era que dos hombres reducían a un sujeto, y Gringo le daba un fuerte golpe en el estómago, advirtiéndole que no lo quería volver a ver. Luego encendía su cigarro y se retomaban las actividades.

Algunas veces, al viejo se le pasaba la mano castigando a las mujeres que se negaban a cumplir sus órdenes, y los bultos en el río eran más frecuentes. Siempre era la misma rutina, la misma escena: el río de rojo, las visitas a la isla y el baúl lleno de ropa. Al mismo tiempo, la búsqueda de Laura no cesaba.

En una visita a la cabaña, Gringo se enteró de que la mujer de Pedro estaba esperando un hijo. El sueño de su amigo por fin se estaba cumpliendo. Laura, emocionada, le dio un gran beso a Gringo y ambos miraron con nostalgia la cara de alegría de la pareja.

En una ocasión, las dos amigas lavaban la ropa en el río cuando, de repente, Laura empezó a vomitar. Se quedó mirando su reflejo en el agua mientras se tocaba el abdomen. Un poco desconcertada, miró a su compañera y las dos sonrieron felices.

En la siguiente visita de Gringo, en una cena, pasada la medianoche, Laura le dijo que estaba embarazada. Lleno de emoción, él la abrazó, besó su vientre y compartió una mirada con Pedro mientras brindaban por la noticia.

Una noche, Aurelio fue a despedirse de Pedro. Escasos minutos después, apareció Gringo quien, al verlo, preguntó con un tono agresivo:

—¿Qué haces aquí, Aurelio?

—Tranquilo, solo vengo a despedirme. Además, siempre supe dónde estaban, pero somos amigos y nunca le diría nada a ese viejo.

En ese momento, Aurelio vio a las dos mujeres con sus barrigas ya de avanzados meses.

—Los felicito, señores. Espero que tengan una gran familia. Ahora me marchó. Por fin llegó el día. Iré a navegar como un marinero. Recorreré el mundo, conoceré muchos puertos y ciudades.

—Ven a visitarnos algún día.

—Eso lo prometo. Regresaré tarde o temprano. Pero, antes, tengo algo que decirte, Gringo. Ojalá este sea el camino que tomes y te alejes de esa vida. Recuerda, tú puedes elegir qué decisión tomar.

Aurelio estaba al tanto de los cuerpos que terminaban en el fondo del río, ya que trabajaba en el bar. Pero, con un perfil más bajo, trataba de no llamar mucho la atención. Sabía que si Gringo seguía en lo mismo, terminaría siendo peor que un proxeneta, que era lo único que le faltaba.

—No te preocupes, que tengo todo bajo control.

—Eso temo, que tengas todo controlado. Adiós.

Luego de un tiempo, Pedro ya estaba a punto de terminar el bar, aunque sin prostitución que ofrecer; solo licor y buena

música: un negocio rentable en este puerto. Al final, la construcción del muelle había sido una gran idea.

El hijo de Pedro nació fuerte y vigoroso, y lo bautizó con el nombre de Juan. Faltaba poco para que Laura también diera a luz; sin embargo, tenía mucho cuidado con su gestación, ya que se sentía débil últimamente. Pedro seguía en el negocio de los licores y, al terminar de trabajar, compraba víveres en el mercado del centro y algunos materiales más para terminar su bar, siempre con la precaución de no toparse con sus perseguidores.

Sin embargo, un día, uno logró reconocerlo y lo siguió hasta la cabaña. Escondido entre los arbustos, alcanzó a ver a Pedro cargando a su hijo junto a María, pero también vio a Laura, tomándose la cadera por la espalda.

Quedó sorprendido. No había duda. Esa era la chica que el viejo estaba buscando: cabellos negros, ojos azules y piel pálida.

De regreso, cuando ya caía la noche en el puerto, el hombre llegó al bar y entró estrepitosamente al despacho de su jefe, que, por cierto, se encontraba platicando con Gringo, quien justo se estaba retirando. El sujeto se paró enfrente, cerró la puerta y contó lo que vio, y a quién reconoció. Vicente estaba ansioso por encarar a Pedro y a Laura. Era tanta la furia y las ganas que salió de inmediato con dos hombres, y ordenó:

—Gringo, quédate a cargo del bar. Regreso en un rato, tengo un asunto personal que atender.

Todos preguntaban y decían: «¿A dónde va? El viejo nunca sale, menos en una noche de visitantes».

Gringo lo observó todo un poco confuso, pero con voz de mando ordenó:

—¡Muy bien! ¡Preparen todo para la noche! ¡Vamos!

Mientras tanto, Vicente y sus hombres esquivaban las ramas entre medio del bosque. Pronto, vieron una tenue luz pro-

veniente de la cabaña; se acercaron y escucharon voces. Los hombres estaban armados, y don Valdez dio la orden para que derribaran la puerta. Ingresando a la fuerza, se encontraron con Pedro, quien al ver al viejo, se puso frente de su mujer. En ese momento, su hijo dormía en un cuarto contiguo.

—Así que aquí has estado todo este tiempo. ¿Quién es ella? Vicente miraba hacia los lados, buscando a alguien más.

—¿Qué haces aquí, maldito? ¡No tienes derecho de venir aquí! ¿Qué es lo que quieres? Recuerda que ya no trabajo para ti.

Vicente ordenó solo con la mirada que lo golpearan. Pedro cayó al piso de rodillas. Su mujer, por defenderlo, trató de encarar a Vicente, pero él, con un manotazo, la dejó rendida.

—Maldito cretino, tú me perteneces y siempre trabajarás para mí. Todos me pertenecen; no olvides que yo te di protección, techo y un trabajo.

—¿Un trabajo? Tratar a las mujeres como un objeto no es un trabajo. Lucrar con sus cuerpos y maltratarlas no es un trabajo. Eres un desalmado y no tienes derecho de cobrarme nada. Nuestra deuda ya está pagada, así que vete de mi casa.

Con una pequeña risa de soberbia, Vicente le preguntó:

—¿Tu casa? ¿Llamas a esto casa? Veamos... Pero, ¿qué tenemos aquí? ¿Acaso pretendes abrir un bar?

Laura, escondida en la cocina, alcanzó a escuchar las voces. Guardó un cuchillo entre sus ropas y trató de escapar, pero uno de los hombres se dio cuenta y la tomó del brazo. Vicente, al verla, quedó asombrado.

—¿Eres tú? Pero ¿qué carajo has hecho? —vociferó, al reparar en su vientre.

El viejo la tomó del brazo, acercándose a Pedro. Lo miró y le gritó:

—Así que... ¿soy yo el desalmado? Tienes a dos mujeres para tu servicio —exclamó, echándose a reír—. De haberlo sabido, hubiese dejado que la usaras cuando estabas en el bar.

Laura trataba de defenderse, aunque, por su estado, apenas tenía fuerza para caminar. Pedro se preguntaba dónde estaba Gringo en ese momento.

—Está bien, hagamos esto. Pedro, tú regresarás conmigo. Es tu última oportunidad. Y lleva a esa mujer para que trabaje para nosotros. Laura, querida, no te hace falta eso que traes contigo, pero yo necesito recuperar lo que invertí en ti.

Laura, desesperada, gritaba desgarradamente.

—¡Mi hijo no! ¡Gringo!, ¡¿dónde estás?!

Pedro se levantó con rapidez y exclamó:

—Primero muerto antes que le pongas un dedo encima a mi familia, desgraciado.

«¿Familia?, ¿Gringo? Pero, ¿qué demonios significa esto?», se preguntó Vicente. De pronto, uno de sus hombres le susurró:

—Señor, creo que el hijo que espera esta mujer es de Gringo.

—¡Ese maldito! Ustedes son unos traidores. Pensándolo bien, no los necesito.

Don Valdez sacó una pistola con la que apuntó a Pedro y, justo antes de tirar del gatillo, María, su mujer, lo empujó, recibiendo así ella el impacto en el centro del pecho. Pedro logró afirmarla en el piso, gritando:

—¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?!

Miró con odio a Vicente.

—Amado mío, cuida de nuestro hijo. Dile que siempre lo voy amar y que lo estaré vigilando desde el cielo —murmuró, marchándose para siempre. Esas fueron las últimas palabras de María.

Pedro se levantó y, cegado por la furia, tomó un trinche que se encontraba cerca para tratar de embestir a Vicente, pero recibió un tiro de los hombres que le impactó en el brazo. Logró mantenerse en pie.

—¡Desgraciado!

De fondo, se escuchaba el llanto de Juan que despertó con los estruendosos disparos.

En ese momento, Gringo se acercaba a la cabaña, llevado por la curiosidad y por la repentina salida del viejo, temiendo lo peor. Al escuchar los disparos, sacó su corvo y aceleró el paso. Cuando vio cómo Vicente sostenía del brazo a Laura, no dudó en atacar; primero clavó el frío metal a uno de los hombres por la espalda.

Vicente se hizo a un lado por el repentino ataque y soltó a Laura, quien cayó al piso. Mientras, Pedro apretó su mano y tomó con fuerza el trinche. Otro hombre sacó su pistola para apuntar a Gringo, pero se percató que Pedro podía arremeter y, al dudar a quién atacar primero, su reacción fue tardía, y los dos amigos juntos le dieron muerte.

Entonces, Vicente tomó nuevamente a Laura, esta vez de su cabellera, y apuntó con el arma a su cabeza.

Ella se sentía muy débil. Gringo quedó completamente inmóvil y Pedro, herido por el impacto de bala en su brazo, estaba limitado. Ninguno podía hacer algo ante aquella situación.

—¡Ahora, escúchenme bien, malparidos! ¿Cómo se atreven a faltarme el respeto? Yo soy su amo y dueño de estas tierras, ¿cómo se atreven? Gringo, por un momento te lo confié todo, ¡maldito! Los voy a matar aquí mismo a los tres.

Gringo se alteró y trató de dar un paso, pero Vicente pegó un tiro cerca de sus pies, deteniéndolo, mientras el llanto sin cesar de Juan seguía de fondo.

Laura, asustada, de pronto recordó que todavía guardaba un cuchillo entre sus ropas, así que lo sacó y se lo clavó en el brazo. Entonces, Vicente la soltó, provocando su estrepitosa caída al suelo. El hombre apuntó con el arma; pero, antes que lograra pegarle el tiro, fue atravesado por el corvo en las costillas y alzado por la fuerza bruta de Gringo, llevándolo en peso hacia la pared.

La sangre brotaba por la boca del viejo; sin embargo, no fue suficiente, y enterró por segunda vez el cuchillo, terminando con su vida.

Los ojos de Gringo estaban inyectados de furia y no paraba de gritarle a la cara, hasta que Pedro lo alertó:

—Es Laura, algo le sucede. Parece que va a dar a luz.

Gringo, regresando en sí, la miró nervioso.

—¡Vamos, ayúdame! —pidió Pedro.

—¿Qué hago? —preguntó Gringo.

—Solo recibe al bebé. Vamos, Laura. Tú puedes. ¡Vamos, mujer! Puja, puja.

Laura entregó toda su reserva de energía y, en el tercer puje, nació una preciosa niña de ojos grandes y brillantes, de piel blanca como la nieve. Era un bebé hermoso.

Laura la vio en brazos de Gringo y balbuceó:

—Cuida de ella con tu vida.

Gringo, sin decir una palabra, abrazó cuidadosamente al bebé, y Laura se durmió para no volver a despertar.

Pedro le tomó la cabeza a Gringo, que sostenía en brazos a su hija, para darle apoyo. Sin embargo, enseguida regresó donde yacía muerta su mujer. Luego, fue en busca de su hijo, lo cargó y le susurró una melodía entre lágrimas. Cuando Pedro consiguió calmarlo y el niño volvió a dormir, regresó, pero Gringo ya no se encontraba allí. La tarea del entierro quedó a manos de su amigo. Ninguno de los dos volvió a verse la cara hasta muchos años después.

SALVACIÓN

Lo que Aurelio le comentó a Pedro acerca de que iba a solucionar los problemas del pasado fue porque estaba convencido de que lo podría hacer. Todas esos viajes que realizaba entregando mujeres con una lista, más el episodio que vivió con Lina, le recordó que quería ser marinero porque amaba el mar y que, al igual que su amigo, odiaba ese cruel y sucio negocio.

—Esto está mal. Son personas; no cajas de mercadería. ¿Cómo Gringo puede vivir haciendo esto?

Al mismo tiempo, se preguntaba: «¿Qué puedo hacer? ¿Podré detenerlo? ¡Debo hacerlo!». Y, efectivamente, podía poner fin a aquello.

Gracias a su trabajo, conocía a muchas personas que le ayudarían a cumplir con su objetivo. Entre ellas, los encargados de recepción del regimiento militar en la capital, quienes le firmaban la autorización de descargar los abastecimientos de víveres para el ejército. En una ocasión, le comentó al encargado lo que traía en mente, a lo que este le respondió, mientras ponía el sello en su hoja de despacho:

—Estimado, me parece bien tu iniciativa, pero te recomiendo que no te involucres. Si todo lo que me cuentas es verdad, lo más probable es que haya personas poderosas involucradas, así que mejor sigue con lo tuyo.

Él, por su parte, no quedó conforme y no dudó en aprovechar aquella oportunidad. Mientras salía de la recepción, caminó despacio observando las oficinas, esperando que alguien lo escuchara con seriedad. Al pasar ante una puerta de vidrio, Aurelio distinguió a un grupo de hombres de alto rango, sentados, con sus uniformes llenos de medallas y estrellas. El muchacho se quedó mirando un momento hasta que un soldado le preguntó:

—¿Usted qué hace aquí?

—Busco el baño.

—¿Qué trae en las manos?

—Solo es una guía de despacho.

El soldado la revisó; estaba todo en orden.

—Al final del pasillo, en la primera puerta de la izquierda, se encuentra el baño.

Aurelio siguió sus indicaciones y, tras guardar la hoja, se remojó la cara. Pero, cuando alzó la vista, se topó con uno de aquellos tipos cuya fisionomía derramaba soberbia. Alto y fornido, traía su apellido bordado en su traje: «Rodríguez». El militar se lavó las manos, estudió un instante a Aurelio y saludó con un simple gesto de aceptación. Aurelio se secó las manos y se dispuso a marchar. Sin embargo, al llegar a la puerta, se dio media vuelta, tomó valor y preguntó:

—¿Le puedo comentar algo?

—¿Y tú quién eres?

—Soy Aurelio, señor. El encargado de dejar los víveres cada mes para el regimiento.

—Ah, sí. Claro. Dime con toda confianza.

—Verá, hay algo que me aflige y no sé a quién recurrir. Hace unas semanas descubrí que no solo se traslada mercadería en los barcos, sino también personas, señor.

Tras un momento de silencio, en el que solo se escuchó el goteo de la llave, el sujeto se acercó a Aurelio, le tomó la cara con ambas manos, dándole suaves golpes, y le dijo:

—Muchacho, esa es una de las principales funciones de los barcos: trasladar personas.

—Me refiero a mujeres, señor. Las transportan en bodegas y las venden como cualquier objeto. Es más; en una isla, hay un tipo que las tiene cautivas.

La mirada del militar cambió de inmediato, tornándose preocupada.

—Dime, ¿le has comentado esto a alguien más?

—No, señor.

—Muy bien, Aurelio. Pues es mejor que lo mantengas así. Ahora, retírate.

—Pero, ¿qué piensa hacer al respecto?

—¿Que qué voy a hacer? Voy a hacer como que no he oído nada.

Después salió por la puerta, llamó a un soldado que se encontraba en los pasillos y le ordenó que lo escoltara hasta la salida. El encargado de recepción preguntó:

—¿Aún sigues aquí?

Detrás de él, Aurelio vio al capitán Rodríguez, quien no le quitó la vista de encima hasta que salió del recinto. Se marchó solo con la guía entre sus manos.

En su siguiente embarque, debía regresar a la isla por diez mujeres más. En esa ocasión, eligió a personas de confianza para que lo acompañaran. Subió a las jóvenes al bote, tomó la planilla de entrega y partió sin apuros. Aunque, antes de llegar a destino, hizo ligeros desvíos. De esta manera, ellas podrían escapar y buscarse un futuro.

—¿Y ahora, qué hacemos?

—Lo que quieran. Se pueden marchar. ¡Son libres!

Al oír esas palabras, las embargó una sensación de salvación y libertad; por fin eran dueñas de su propio destino.

Los marineros, desconcertados, se cuestionaban su proceder, pero, sin darles tiempo siquiera a preguntar, Aurelio les pidió:

—¡Ustedes no digan nada! Yo las traje al lugar donde correspondía, así que sigamos. ¡Vamos!

No entregó a ninguna mujer y, aunque sabía que tarde o temprano sus superiores se enterarían, decidió regresar al pueblo de Chanca. Gringo esperaba su pedido.

—Aurelio, viejo amigo, ¿dónde está lo que encargué?

—Hoy no será ese día, Gringo.

—¿Cómo? Si ya pagué por ellas.

—¿Estás consciente de en qué te has convertido?

—¿De qué hablas?

—Estás igual que el viejo. Elegiste el mismo camino. Ellas son seres humanos; no está bien que las arriendes por unos billetes.

—No tengo que responder eso.

Ambos se miraron fijamente, y fue entonces cuando Aurelio se dio cuenta de que Gringo ocultaba algo; quizás la razón por la que siguió los pasos del viejo hasta quedar al mando del bar como la mano derecha de Vicente.

—Bueno, si no me vienes a dejar lo que encargué, créeme, habrá otro que sí lo hará —exclamó su amigo, dándose media vuelta para marcharse.

—Gringo, escúchame bien. No voy a permitir que esto continúe así. Este puerto se está hundiendo en la bohemia y en la prostitución. ¿Qué hay de todas esas mujeres? ¡No me digas que sigues tirándolas al río!

De pronto, Gringo se dio la vuelta y, sacando su famoso corvo de forma amenazante, se lo puso en el cuello, diciendo:

—Eres débil y jamás podrás entender de qué se trata todo esto. Una persona como tú no podría comprenderlo.

—Gringo, ¿acaso piensas matarme?

En ese instante, se acercaban los acompañantes de Aurelio que estaban en el bote, pero al ver la situación, se detuvieron.

—Es mejor que te marches y no regreses —dijo Gringo, retirándose.

Sin embargo, entre dientes, Aurelio prometió:

—Sí que regresaré. Volveré.

NACE UN AMOR

Paralelo al viaje de Aurelio, los jóvenes Juan y Laura se reunían a menudo en el mismo lugar de su primer encuentro; en las laderas del río. Era un largo camino, pero cada minuto que pasaban juntos valía la pena. Las conversaciones cada vez duraban más, hasta que llegó el momento más especial para ambos.

Estaban acostados, mirando las nubes en una gran roca.

—¿Qué piensas hacer en un futuro? —preguntó Laura.

—No lo sé, supongo que seguiré a cargo del negocio con mi papá —respondió Juan—. ¿Y tú?

—No tengo muchas opciones; de hecho, no tengo ninguna.

—Pero ¿cómo? Todos desean realizar cosas, ¿qué te gustaría a ti?

—Sinceramente, me gustaría tener una florería. Siento que a este pueblo le hace falta color y aroma. Despertar por las mañanas y que la brisa marina se mezcle con el aroma de lavanda, rosas y margaritas. Aunque no creo que sea posible, no habría un lugar donde hacerlo, ya que todo gira en torno al alcohol.

Ambos se acostaron mirándose uno al otro.

—Toma, por ahora ten esta —dijo Juan, entregando una hermosa inflorescencia de margarita.

Ella sintió su aroma y la llevó a las nubes.

—Es una de mis favoritas.

Al levantar su mirada, la muchacha quedó justo a la altura de Juan. Los dos se acercaron y lograron conectar esos sentimientos de dulzura, deseo y amor a través de un beso. Sonriente, aunque un poco apenada, Laura se sonrojó, pero enseguida Juan la hizo entrar en confianza.

—Siempre pensé en este momento, y ahora que pude sentir tus labios, estoy más convencido.

—¿De qué?

—De que quiero que tengamos una relación formal.

—¿A qué te refieres?

—Laura, ¿quieres ser mi novia? —preguntó—. Yo podría hablar con Gringo y decirle que quiero formalizar esta relación, construir una hermosa casa para ambos y cumpliríamos tu sueño de poner una florería.

Mientras Juan hablaba, la cara de Laura era completamente de perturbación.

—Pero dime, ¿acaso tú no sientes nada por mí?

—No es eso. Desde que te vi por primera vez en el muelle, me sentí atraída por ti, Juan.

—Entonces, ¿por qué no me dices que sí?

—Mi corazón lo hace a gritos, créeme —confesó, dándole un beso—. Pero, él jamás me dejaría ir de la casa. Además, no sabe que me junto a escondidas contigo.

—De eso se trata. Cuando logre hablar con él, ya no tendremos que ocultarnos más.

—No, no lo entiendes. Te digo que él no nos dejará, es un cerdo y... será mejor que me vaya.

Juan le tomó la mano y añadió:

—Quizás es muy pronto, pero solo piénsalo.

Cuando Laura regresó a su hogar, subió por las escaleras y, caminando por el pasillo, escuchó la voz de una de las mujeres, que le decía:

—Veo que tu expresión ha cambiado; de seguro debe ser un chico.

—¡Shhh! ¡Silencio! No sé de qué estás hablando.

—Mi niña, has estado saliendo durante varios meses el mismo día y a la misma hora. Cuéntame, es un muchacho, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—A pesar de ser prisioneras, seguimos siendo de carne y hueso. Aquí, más de alguna se ha enamorado de un hombre, y aunque ellos tengan familia, muchos regresan por nosotras y nos ofrecen el mar y el cielo, pero sabemos que nada de eso sucederá. Supongo que él te ofrece flores... —dijo, viéndole la margarita que traía en el pelo, que por cierto, resaltaba en su negra cabellera.

Laura no tenía conversaciones de mujer a mujer, excepto cuando bajaba al pueblo a hacer algunas compras; pero aquellas charlas duraban apenas unos segundos. Durante años, la muchacha no había tenido ese tipo de pláticas; sin embargo, aquella voz se volvería su confesionario, aunque no de pecados, sino de sentimientos. En efecto, Laura se abrió ante las preguntas que provenían de detrás de esa puerta, y le contó todo acerca de Juan. Aquella mujer siempre le recalca que, mientras estuviera aquí, no podría hacer nada. Que saliera, que escapara; eran los consejos que recibía.

Esa noche, Laura pensó mucho en las palabras de Juan; se imaginaba un hermoso mundo lleno de flores. Hasta que, con sus mejillas coloradas por creer que podrían estar juntos para toda la vida, se durmió como nunca. Incluso, fue tal su deseo,

que en sus sueños, se veía corriendo por los cerros llenos de arbustos y color verde, con flores de mil colores, junto a Juan, dando vueltas y jugando arriba de un árbol. El sueño terminaba con un largo beso en la ladera del río.

Al despertar, la joven abrió los ojos, tomó la margarita y la sintió una vez más. De esa manera se sentía libre, preguntándose si era posible vivir en su sueño para siempre, junto a su amado.

DECISIÓN

Los días en el pueblo de Chanca seguían siendo iguales. El comercio, los visitantes de cada semana, las peleas en las calles hacían de aquel un puerto casi olvidado por el Estado. Sin embargo, Aurelio no daba su brazo a torcer y, contra todo, se dirigió a la capital. Con una carta bien detallada, fue a denunciar estos hechos al Palacio de Gobierno, aunque su intención quedó depositada en un ánfora. Ante esto, Aurelio trató de entrar a la fuerza para hablar con alguna autoridad, mas fue inútil. Se sentía diminuto; sin embargo, sus ganas de querer hacer algo eran tantas que no se daba por vencido.

Caminando por la ciudad, pensando de qué manera podría ser escuchado, se topó con distintas escenas en las calles: personas discutiendo por las alzas de precios, comerciantes ofreciendo cigarrillos y cobradores en los buses anunciando los paraderos. Todo esto, sumado a los gritos de los vendedores ambulantes y el paso acelerado de las personas, lo llevó, sin darse cuenta, a un parque donde un gran grupo de gente estaba congregada, escuchando a una persona que ofrecía cambios y beneficios para todos, con solo votar por él. Aurelio observaba su poder de convencimiento, la seguridad con que decía cada palabra y cómo los demás ondeaban sus banderas con cada afirmación que voceaba. De inmediato recordó la llegada del viejo por primera vez

al puerto. Fue en ese momento cuando se le ocurrió una idea. Se dio cuenta de que necesitaba seguidores para ser escuchado; verdaderos testimonios para ofrecer un cambio en el pueblo de Chanca. Necesitaba difusión, pero antes debía armar un gran plan.

Tras ordenar sus ideas, empezó a dar marcha a su cometido y, para ello, compró una cámara fotográfica. Gracias a sus contactos a lo largo y ancho del mar, pudo conseguir una pequeña embarcación prestada para regresar a aquella famosa isla y capturar imágenes, y así contar con pruebas contundentes que lo respaldaran. A pesar de que en muchos lugares era advertido de que sus jefes lo estaban buscando, Aurelio no tenía miedo de ser encontrado, porque al vociferar todo lo acontecido se fue ganando el apoyo de sus primeros camaradas.

Llegó a la isla de noche para no ser visto y fotografió lo más que pudo, incluidas a las mujeres durmiendo en condiciones precarias. Tuvo un *flashback* de su primera visita junto a Aurelio y Gringo y sintió una punzante culpa en el pecho. De repente, una de las mujeres vio lo que estaba haciendo y empezó a gritar, pues creía que, quizás, si daba aviso, podría obtener algún tipo de trato especial. Sin embargo, enseguida sus compañeras de celda la redujeron, tapándole la boca. Dos de las jóvenes se acercaron y le preguntaron a Aurelio qué era lo que pretendía.

—Trato de sacarlas de aquí. Por favor, resistan.

Aquello fue como si les ofrecieran un vaso de agua a un hombre perdido en el desierto; supuso un nuevo y gran respiro de esperanza para las cautivas.

Sin embargo, entre silbidos y señas, ellas le rogaron que se fuera, porque los guardias se acercaban para comprobar lo que pasaba, ya que el grito los había alertado.

Aurelio, sin dudar, corrió hacia la orilla, desamarró el bote, lo impulsó y empezó a remar lo más rápido que pudo. Una vez

pasado el reventar de las olas, prendió el motor, provocando un gran ruido que alertó a los guardias, quienes acudieron a la orilla cuando la figura de Aurelio se alejaba a gran velocidad.

—Este maldito desertor puede ser un gran peligro para todos —advertía aquel terrateniente en la isla.

Por esa razón, se dispuso a escribir una carta y ordenó a uno de sus hombres que la entregase a ciertas personas, aumentando así el valor por la cabeza de Aurelio.

Aurelio, con las pruebas en mano, decidió regresar al pueblo de Chanca e hizo una visita a Pedro. Le contó su plan y lo que pretendía hacer.

—Es muy arriesgado, amigo mío, pero muy valiente de tu parte. Yo también deseo que todo esto termine. Me siento culpable por lo que hicimos cuando estábamos al mando de ese viejo. Aunque ahora es Gringo quien ocupa su lugar. No lo puedo entender.

—¿Qué no entiendes, Pedro?

—No entiendo por qué siguió el mismo camino.

—Está claro. Siempre quiso poder y dinero. Recuerda cuál era su sueño.

—No, siento que este no es el camino que en verdad él deseaba tomar. Cada vez que estaba con Laura, Gringo era una persona completamente diferente, y más aún cuando quedó a cargo de su hija. Te prometo que no lo entiendo. Tuvo la oportunidad de hacer lo que quisiera. Entonces, ¿por qué sigue con esto?

—Quizás no tiene opción.

—¿A qué te refieres?

—A que todo esto es algo que supera nuestra imaginación. Estoy seguro de que Gringo no tiene otra opción. Eso también es algo que pretendo resolver.

Aurelio pensaba que había algo que Gringo escondía. Lo pudo ver aquella noche en el muelle, a través de sus ojos.

Aurelio salió cerca de la media noche. Lo hizo para buscar a la mujer que, tiempo atrás, le había hecho abrir los ojos con un golpe. Caminó por calles oscuras hasta que la encontró. Ahí estaba ella, fumando un cigarrillo, apoyada en un poste de luz. Lina, con un gesto, ordenó a dos sujetos que lo detuvieran, pero Aurelio, entre forcejeos, logró explicar que solo quería hablar con ella.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Acaso buscas diversión, maldito?

—Por favor, escúchame. He venido hasta aquí para hablar contigo.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Así que lárgate. O le diré a mis hombres que se encarguen de ti.

—Por favor, revisa mi bolsillo. Necesito mostrarte algo.

Los sujetos buscaron entre sus ropas y encontraron las fotos sacadas de la isla.

—¿Qué es esto?

—Dime, ¿recuerdas ese lugar? Quiero salvarlas a todas, pero preciso de tu ayuda. Por favor, haz que me suelten.

Lina, impactada y casi entre lágrimas, con otro gesto ordenó que lo soltaran.

—Solo te pido que por favor me escuches.

Ella aceptó y empezaron a caminar.

—¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Lina.

—Lina, soy Aurelio. Siento que aquella vez que nos encontramos no fue por casualidad. Tu bofetada me dio fuerzas para acabar con esto de una buena vez. Además, tenías razón; soy un heraldo del diablo, por eso me gustaría hacer algo al respecto. Pero necesito tu ayuda para lograrlo.

—Sé muy bien cuándo un hombre miente y cuándo no, y te creo. Debes de ser uno en un millón, porque los hombres nun-

ca quieren reparar nada. Pero tú, querido Aurelio, eres sorprendentemente estúpido. No sé cómo obtuviste estas fotos y sigues con vida. Solo por esto te ayudaré. Y créeme, no es por ti ni por mí, sino para ver a ese maldito viejo atragantarse en su bilis.

Aurelio le contó lo que tenía en mente: necesitaba una confesión y alguien que entregase una declaración verídica de todo aquello.

—Otra cosa más. Quiero algo a cambio —informó Lina.

—Dime. Lo que deseas.

—Quiero que me lleves lejos de este lugar, junto a mi hijo.

—Si es lo que quieres, te lo prometo. Aunque, cuando todo esto termine, no será necesario.

Lina regresó a su casa. Al llegar, le dio un beso en la frente a su hijo que dormía. De un estante, sacó un paquete de cigarros y los arrojó a la calle. A continuación, se quedó contemplando las estrellas, y se acercó a la anciana con la que vivía, quien le preguntó:

—¿Te sucede algo?

—¿Recuerdas que te dije que algún día todo cambiaría y que nos iríamos de este lugar? Pues creo que ese día está muy cerca.

Al otro día, Aurelio fue donde Gringo a tratar de convencerlo de que dejara aquel negocio y lo ayudara a desenmascarar a todos los involucrados. Al llegar al bar, entró en su despacho y empezaron a platicar:

—No te entiendo, Aurelio. Estuve a punto de cortarte el cuello en aquella ocasión y vienes aquí a pedirme que colabore contigo. ¡Vaya, pensé que eras más listo, viejo amigo!

—Gringo, estoy seguro de que lo hubieras hecho si de verdad lo deseabas, pero no fue así. Sé que hay algo que te impide salir de este vil negocio. Por favor, ayúdame. Tú tienes contactos y conoces a todas las personas involucradas. Con tu testimonio

y las pruebas que ya tengo, salvaremos a muchas personas y pondremos fin a esto.

Gringo se levantó, se dirigió a un estante y sacó una botella de ron. Tras servirse un vaso, se sentó nuevamente, bebió un sorbo y preguntó:

—¿Sabías que el precio que han puesto por tu cabeza es muy alto?

—Supongo. No es para menos. Pero no pienso dar marcha atrás.

—El precio es alto, Aurelio, porque hay personas poderosas metidas hasta el cuello en este asunto. ¿De dónde crees que salen todas esas mujeres? ¿Del mar? ¿De alguna palmera de aquella isla? ¿Te has planteado, acaso, si esa es la única isla?

—Lo único que sé es que si alguien traiciona o se sale del sistema, el precio es la muerte. Y tú, viejo amigo, estás respirando aire que ya no te corresponde.

En ese momento, alguien abrió la puerta. Era ella, la joven Laura, quien pidió perdón por entrar sin golpear. Al mismo tiempo, Aurelio vio reflejada en ella la viva imagen de su madre. Recordó muy bien aquella vez en el bote, cuando zarparon de la isla. Entonces, observó detenidamente el rostro de Gringo y descubrió la verdad del asunto.

Gringo le preguntó qué era lo que quería. Laura contestó que iría a realizar las compras al mercado.

Cuando la puerta se cerró, Aurelio se levantó y tomó su boina, pero Gringo le gruñó:

—¿Adónde crees que vas? Todavía no hemos terminado.

—Tienes razón, esto aún no termina —respondió su amigo—. Gringo, dime, ¿qué pasará una vez que tú no estés? ¿Dejarás que ella tome tu lugar y sea igual que nosotros?

—¡Eso jamás!

—Esa es la razón por la que esto no termina aquí. Adiós, viejo amigo.

De repente, Gringo se levantó rápidamente y retiró un viejo cuadro de la pared: copia de *La muerte del avaro* de El Bosco. Tras él, había una caja fuerte donde yacían fajos de dinero, un arma y documentos. Extrajo una agenda que contenía nombres, números telefónicos, direcciones y postales. Después de beberse el resto de su copa, se tomó la cabeza y abrió un cajón de su escritorio. Allí guardaba su boina; una vez puesta, quedó al descubierto lo que se hallaba debajo de ella. Era una copia de la fotografía donde estaban los cuatro: Pedro, María, él y su amada Laura.

Aurelio, al salir, siguió con sigilo a la joven que hacía las compras en el mercado. Justo en un puesto de verduras, se acercó para conversar con ella.

—Hola, ¿cómo te llamas, pequeña?

—Disculpe, a usted no lo conozco.

—Perdóneme, jovencita. Mi nombre es Aurelio. Soy un viejo amigo de tu papá.

Laura quedó extrañada al escuchar esa palabra. —Usted, ¿cómo sabe que es mi padre?

—Te lo dije, soy un viejo amigo. De hecho, nosotros crecimos juntos y vimos crecer este pueblo.

—Pues qué lástima por ustedes.

—¿Por qué lo dices?

Esquivando a un ebrio, Laura contestó:

—¿Acaso no es obvio? Este lugar apesta.

—Pero podría cambiar.

—Pues, suerte con eso.

Aurelio se puso firme y le dijo crudamente:

—Escúchame, necesito de tu ayuda. Sé lo que ocurre en ese bar. Dime una cosa. ¿Por qué lo haces?

—¿De qué habla? Disculpe, tengo que regresar.

—Laura era el nombre de tu madre. Yo la conocí, igual que a las demás chicas. Ella también estuvo cautiva en una isla —afirmó, mientras le mostraba una foto—, de donde Gringo y otros desalmados sacan a las mujeres con las que lucran. Escúchame, necesito que seas fuerte para poner fin a esto. Tu ayuda es fundamental. Necesito que consigas los nombres de las personas con las que trabaja tu padre.

Laura, impactada por tales acusaciones, salió corriendo del lugar. Ella era consciente de todo, pero no le tomaba el peso, porque Gringo la había acostumbrado así. Sin embargo, su curiosidad por saber más no había sido tan grande hasta ahora. Nunca se preguntó nada, y si lo hizo, jamás obtuvo una respuesta en su mente. La presión fue tanta que la acumulación por ser escuchada y por obtener reparo la llevó a un acto que marcaría un antes y un después para ella.

Al llegar al bar, soltó las bolsas y, como nunca antes había hecho, tomó valor para afrontar a Gringo. Entró a su despacho y, con un grito, preguntó:

—Dime, ¿quién es ese tal Aurelio?, ¿quién es mi madre?, ¿dime, quién eres tú? —Entre lágrimas, la muchacha se dejó caer y, de rodillas, terminó diciendo—: ¿Quién soy yo?

Con varias copas en el cuerpo, Gringo también rompió en llanto.

—Mi Laura, eres mi Laura. Todo lo que hago lo hago por ti, para protegerte, para protegernos; solo nos tenemos el uno al otro. Aurelio es un amigo de la infancia, al igual que Pedro; los tres crecimos juntos.

Laura se levantó y le preguntó con firmeza:

—¿Es verdad que mi madre fue igual que las mujeres que están en el segundo piso? Dime, ¿acaso también lucraste con ella?

El rostro de Gringo se tornó diabólico y, con una bofetada, impuso un alto. La joven quedó apoyada en el escritorio, mientras se llevaba una mano a la mejilla para calmar la sensación de dolor. Al mismo tiempo, logró ver que sobre el escritorio se encontraba la preciada agenda de Gringo.

—Nunca vuelvas a hablar de tu madre. Ella no era igual que esas mugrosas de arriba, ¿entiendes? Desde ahora, volveremos a marcar los límites aquí: tú seguirás haciendo tu trabajo sin hacer preguntas; te encargarás del perfecto funcionamiento de este lugar y no tendrás de qué preocuparte.

—¿Qué pasa si me niego? —inquirió, desafiante.

—Pues creo que tenemos *otro cuarto* disponible para ti.

Entre lágrimas, Laura corrió a su habitación y lloró desconsolada. Su llanto fue escuchado por todos en el lugar. Mientras tanto, su amiga y fiel consejera decía entre dientes:

—Llora, bella joven. Llora todo lo que puedas. Así eliminarás tu debilidad, sacarás fuerzas y reunirás valor para tomar una gran decisión. Así que llora, bella joven. Entrarás en crisálida y, luego, volarás libre y brillante, cual mariposa en primavera.

Gringo bebió otra copa más. Una tras otra, para ahogar la impotencia que sentía. Necesitaba echar abajo el nudo que oprimía su garganta y llenar la soledad de su interior. Con la foto en mano, recordaba cada momento vivido junto a sus amigos de la infancia.

Luego de un par de horas, los llantos cesaron. Ya con la mente más clara y una mirada de confianza, Laura se levantó. Guardó algunas prendas en un bolso y bajó las escaleras para entrar al despacho de Gringo sin titubear. Gracias a sus ronquidos —sabía que dormía por culpa de tanto licor—, ni una tormenta lo podía despertar. Decidida, tomó la agenda, la revisó rápidamente y la guardó junto con la fotografía. Regresó al segundo

piso, tocó una de las puertas y, sin anunciarse, desde adentro le respondieron:

—Llegó el momento. Tú puedes, mi niña. No regreses; sigue de frente sin mirar atrás. Vive y disfruta. Apresúrate, ¿qué esperas?

—Regresaré, y será para abrirles la puerta para siempre, lo prometo. —Y alzando la voz, repitió—: ¡Regresaré por ustedes, lo prometo!

Caía la noche y comenzaba a llover muy fuerte en el puerto. Como era día de semana, el bar de Pedro cerraba temprano. Juan, quien sacaba una bolsa con desperdicios y la vaciaba al tacho de basura, escuchó un leve susurro, proveniente de unos árboles:

—¡Juan, por aquí! ¡Soy yo!

Juan se agachó y tomó una gran piedra cuando, de pronto, entre los arbustos, apareció Laura. Juan, sorprendido, exclamó:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Ella se acercó y lo calló con un gran beso. Después, lo abrazó y le contó que escapó de Gringo, y que necesitaba pasar la noche en algún lugar.

—Vamos, le diré a mi papá que te dé alojamiento —dijo Juan.

—No, prefiero que él no se entere.

—Pero, ¿por qué?

—Prometo contarte todo.

Fue así que, a escondidas de su padre, Juan la llevó al ático de su casa, entrando por la parte trasera del bar.

Mientras Laura se sacaba algunas prendas mojadas, Juan fue en busca de abrigo, prendió una lámpara y se excusó diciendo que debía atender unos asuntos, de manera que no levantara sospechas en su padre. Regresaría apenas estuviera desocupado.

Laura, un poco más calmada, sacó la agenda y la revisó. Encontró un plan de compras y pagos con muchos nombres y números que hacían mención a mujeres. No pudo seguir viendo. Sacó la fotografía y la observó detenidamente; reconoció a Gringo, a Pedro y a su madre. Justo en ese momento llegó Juan, quien al ver aquella imagen sacó la copia que traía en el bolsillo de la camisa y ambos empezaron a enlazar todo.

Se acostaron entre las sábanas y frazadas. Laura le confesó todo lo que había sucedido, incluso le habló acerca del negocio de Gringo y de las labores que ella debía cumplir por orden de su padre.

Un poco temerosa, la muchacha le preguntó si aún la quería junto a él. Este, sin dudarle, le respondió:

—Más que nunca.

Entonces se besaron y se amaron como nunca lo habían hecho. Bajo el sonido de las gotas de lluvia que rebotaban en el techo, los jóvenes juraron no separarse nunca y sellaron su compromiso, uniendo sus cuerpos desnudos, entrelazando sus más profundos sentimientos de deseo de amor puro y sincero.

Al día siguiente, el sol brillaba resplandeciente cuando Juan le llevó el desayuno. Pero su padre logró darse cuenta de que su hijo ocultaba algo, así que los encontró y sin dudar preguntó:

—Pero, ¿qué es esto? ¿Qué hace ella aquí? —Papá, puedo explicarte...

En ese momento, Laura contó lo sucedido y él comprendió que todo lo que su amigo planeaba ya se encontraba en marcha. No dudó en apoyarlos, pero primero debía buscar protección. Buscó a Aurelio, quien se encontraba en el muelle. Le puso al tanto de lo sucedido y este tomó cartas en el asunto.

—Creo que el pasado aún no nos deja en paz. Te apoyaré en todo, aunque, antes, necesitamos proteger a esos dos.

—Por supuesto, los muchachos no tienen que pasar por este proceso. Son el futuro de este lugar. Por ahora hay que darles refugio. Escúchame, díles que hoy en la noche se suban a la embarcación de nombre «Spem» y entreguen esta carta. Ellos los llevarán a un lugar seguro hasta que todo termine.

Durante el día hubo mucho movimiento en el pueblo. Varios hombres, que seguramente contrató Gringo para buscar a Laura, merodeaban por todos los rincones sin éxito. Sin embargo, no descansarían hasta encontrarla.

Los jóvenes, refugiados en el ático, escucharon ruidos en el bar. Juan, al asomarse, vio que era Gringo. Venía acompañado de otros dos sujetos. Pedro los encaró:

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué es lo que buscas?

—¿Cómo sabes que busco algo? —preguntó, mientras se paseaba de extremo a extremo—. ¿Acaso no puedo visitar tu bar? Quisiera beber algo.

—Está cerrado. Además, aquí no hay nada que el tuyo no tenga.

—Tienes toda la razón. Aun así, ¿serías tan amable de servirme una copa?

Pedro sacó una botella, le sirvió un vaso de ron y le preguntó:

—¿Qué es lo que buscas? ¿Qué quieres?

Gringo levantó el trago y tomó su aroma, mas no se la bebió.

—Buen licor, muy buen licor. Dime, ¿no me estás ocultando nada?

—¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Y desde cuándo debo rendirte cuentas?

—Tienes toda la razón, y ojalá nunca lo hagas, y menos ahora que busco algo muy valioso. ¿Tu hijo cómo está? ¿Dónde se encuentra?

—Está muy bien. Lo mandé a comprar algunas cosas al mercado.

—Ya veo. Sabes que Aurelio está en el puerto, ¿verdad?

—Sí.

—Y supongo que te vino a visitar; siempre tuvo más afinidad contigo que conmigo...

De pronto, Gringo golpeó la barra con el vaso y con voz amenazante, le advirtió:

—Espero que no te entrometas en mis asuntos. Esto es entre Aurelio y yo. Tu amigo está a punto de quemarse y no quiero que te suceda lo mismo a ti o a tu hermoso bar.

Pedro se puso firme, se acercó y le gritó:

—¡Lárgate de aquí y no vuelvas nunca más! Si ha de suceder algo en tu contra, bien merecido lo tienes, pero a mí no me interesa.

—Eso ha sido muy valiente de tu parte. Me sorprendes, aunque, recuerda, viejo amigo, no juegues con fuego —dijo Gringo antes de cerrar la puerta—, porque no solo tú podrías salir perjudicado, sino todo a tu alrededor.

Pedro tomó el vaso de ron y se lo bebió hasta el fondo.

Por la noche, los jóvenes se embarcaron según lo planeado. Laura hizo entrega de la agenda a Pedro y con muchos deseos de bienestar, se despidieron.

Más tarde, Aurelio regresó al bar de Pedro, esta vez acompañado de Lina. Juntos cogieron la agenda y empezaron a revisarla detalladamente, quedando completamente asombrados. Aurelio se sorprendió al reconocer un nombre en particular. Se le vino a la mente la imagen del militar al encontrar su apellido escrito en ella: Rodríguez.

—Con esto, estoy seguro de que lograremos poner fin a todo —afirmó.

LIBERTAD

Después de unos días, se corrió la voz por el puerto de que había llegado el momento de un cambio y de la necesidad de una persona que representase a todos; alguien que alzase la voz sin miedo. Fue así como Pedro, Lina y Aurelio convocaron una gran junta con varios líderes sindicales a los que no les importaría apoyar cualquier tipo de cambio, mientras no afectara los ingresos monetarios del pueblo, ya que estaban acostumbrados al sistema tradicional. Implantar un sistema que los perjudicase no sería bueno para nadie.

Asistieron no más de veinte o treinta personas. Aurelio era ese líder, quien, con voz de mando, presentó su proyecto para impulsar un nuevo rumbo para el pueblo:

—¡Basta, señores! No hagamos caso omiso a lo que está sucediendo en este lugar. Todos estamos conscientes de que el pueblo de Chanca se está hundiendo en la bohemia, la delincuencia y la corrupción. Reconozco que no nací en este lugar, pero he visto muy bien cómo ha cambiado desde el día que llegué, hace ya muchos años. ¿Qué futuro entregaremos a nuestros hijos? Estoy seguro de que aquí la mayoría tiene familia... Díganme, ¿no tienen derecho a caminar seguros por las calles? Mi amigo Pedro tiene un hijo que lo ayuda en sus labores y, en este momento, se encuentra lejos del puerto por temor a represalias. El temor, seño-

res, no debe existir; debemos abolir el temor y el miedo a levantar la voz. Díganme, ¿ese muchacho acaso no tiene derecho a estar en su casa? ¿Es necesario que todas las personas que quieran un cambio tengan que irse?

De pronto, se levantó un anciano de entre los presentes.

—Recuerdo que hace años alguien dijo unas palabras parecidas. De hecho, podría asegurar que fue con el mismo tono. Y, después, construyó el muelle que hoy día nos da el pan a muchos de nosotros. —Entre voces, muchos confirmaban los dichos de aquel venerable señor—. Sin embargo, reconozco que este puerto ha cambiado mucho, y ya no es lo mismo. Nadie sonríe en este lugar. La felicidad nos ha abandonado desde que se construyó.

—Dime, Aurelio, ¿qué pretendes hacer tú? ¿Le quitarás el pan de la boca a los vecinos del pueblo o nos vas a regalar cigarrillos y botellas de vino?

—No digo que echemos abajo el muelle, pero sí que regulemos lo que está sucediendo. Sabemos que las autoridades no ven las cosas o, simplemente, no quieren ver lo que en realidad acontece.

En ese momento, Lina y Pedro repartieron las fotos sacadas de la isla.

—Estas, señores, son personas, mujeres, que son comercializadas como un producto. Nuestro turismo se basa en la prostitución y el licor. Lo que propongo es erradicar y regular cada embarcación, constituir sindicatos de trabajo para un bien común y más seguridad en las calles; una completa equidad. La historia de este puerto puede cambiar y, con la colaboración de ustedes, lograremos demostrarle al Estado que merecemos ser escuchados.

Acto seguido, el anciano se acercó a Aurelio y le dio la mano, diciéndole:

—Yo te apoyo, Aurelio.

Los demás, completamente convencidos, gritaron todos juntos: «¡Queremos un cambio! ¡Queremos un cambio! ¡Queremos un cambio!».

Poco a poco, los tres fueron ganando terreno. Muchas personas estuvieron dispuestas a realizar una nueva votación, obtener un nuevo representante en el puerto y arriesgarse por un cambio. Así, por fin, el pueblo dejaría de ser gris y se volvería de colores.

Apenas dos semanas después, el alcalde de Chanca quien, por lo general, brillaba por su ausencia, fue al bar de Gringo para pedir explicaciones por las congregaciones y voces de que un nuevo líder estaba siendo reconocido. Se sorprendió cuando lo encontró bebiendo sin preocupación alguna.

—Gringo, ¿me puedes explicar qué significan estos rumores? El trato era que tú y todos los involucrados no dejarían que esto pasara, mientras yo me hiciera el ciego. Ustedes prometieron, además, que nadie se levantaría en nuestra contra. Y ahora me encuentro con que un par de buenos para nada tratan de derrocarne. ¿Me estás escuchando?

Gringo se hallaba perdido en el alcohol tras dos semanas sin noticias de su hija. En su desesperación, incluso llegó a interrogar a cada una de las chicas que aún trabajaban para él, pero nadie dijo nada. Y nunca lo harían. Por ello, las palabras del alcalde no le preocupaban lo más mínimo, y menos con su agenda perdida.

—Gringo, ¡mírame! ¡Escúchame!

Por fin, se levantó y, apoyándose con las manos en su escritorio, exclamó:

—Estamos jodidos, completamente jodidos.

—Pero, ¿qué dices?

—¡Laura no está! Mi bella Laura no está; se fue y se llevó mi agenda.

—¿Y qué me importa a mí tu agenda? Lo que me importa...

De pronto, Gringo golpeó la mesa y, entrando un poco en sí, dijo:

—En ella están los nombres de todos los involucrados: grandes empresarios, dueños de las embarcaciones, algunos militares de aduana... Mi nombre y el tuyo también aparecen ahí. Así que está todo perdido. ¡Estamos jodidos!

—Pero, ¿cómo dejaste que esto pasara? ¡Demonios! Espera un segundo, ¿hace cuánto desapareció?

—Dos semanas.

—Quizás, esa tal Laura aún sigue en el puerto. Debemos encontrarla, darle su merecido y, por supuesto, recuperar esa agenda.

El alcalde seguía hablando; sin embargo, Gringo había dejado de escucharlo desde que mencionó a su hija. A partir de ese momento, su nombre se repetía sin cesar, cada vez más rápido en su mente: «Laura, Laura, Laura».

De repente, Gringo abrió su cajón, sacó un revólver y disparó directamente al alcalde en la cabeza. Después, se sentó, bebió otra copa y se puso el arma en la sien. Aunque, cuando estaba a punto de apretar el gatillo, desistió.

Pasaron un par de meses, y gracias al apoyo y a la repentina ausencia del alcalde de Chanca, Aurelio tuvo cada vez más acogida en el pueblo. El mensaje se extendió por todo el lugar: ¡Queremos un cambio! De esta manera, junto a varios representantes y dirigentes, logró organizar una reunión con delegados del Estado para plantear su propuesta como nuevo partido político.

Aurelio les entregó una gran carpeta con todos los detalles, y logró así denunciar los actos inhumanos cometidos. Incluyó

en la denuncia todos los nombres de las personas involucradas en el asunto y añadió su plan de un cambio para el pueblo. De ese modo, fue reconocido como un gran dirigente, obteniendo la potestad de presentar políticas públicas con el respaldo estatal.

A su regreso, los vecinos y sus seguidores festejaron como nunca.

En poco tiempo, ya se sentía un nuevo aire en el puerto. Pedro no dudó y fue en busca de Juan y Laura, para que regresaran con toda seguridad. Pero aún faltaba saber qué era lo que Gringo tenía que decir al respecto de lo sucedido. Fue entonces que Aurelio y Pedro fueron a visitarlo por última vez.

Gringo, que parecía un poco más sobrio, seguía con su negocio habitual en el bar, el cual en ese instante tenía algunas mesas ocupadas.

—Amigos, veo en sus ojos mucha seguridad. Por favor, sírvanse algo.

Les sirvió una copa de vino a cada uno, pero ellos no aceptaron.

—Gringo, hemos venido a pedirte que desistas. Libera a esas personas que tienes cautivas en el segundo piso. Te prometemos que la deuda que tendrás que pagar será muy baja.

Entre risas, Gringo respondió:

—Es verdad, pero esa deuda la pagaré a su debido tiempo. En cuanto a las mujeres, ellas son libres; sin embargo, las llaves solo se las entregaré cuando vuelva a ver a mi hija. Se los pido por los viejos tiempos: déjenme verla una vez más.

—No podemos exponernos a eso —exclamó Pedro.

—Se los ruego, ¡solo una vez más! Les entregaré las llaves y prometo que cerraré este lugar, pero debo verla para decirle algo muy importante. ¡Háganlo por los viejos tiempos!

Aurelio y Pedro se miraron y luego se retiraron. Mientras caminaban, eran conscientes de que no debían correr riesgos. Por eso le pedirían a Laura que lo visitara, para hacer menos hostil aquella situación y no generar un gran pleito. Conversaron con ambos jóvenes. Ella accedió a verle por última vez, pero esta vez acompañada de Juan. La muchacha más que nunca quería hacerlo, ya que deseaba obtener respuestas.

Al regresar al bar de Gringo, fueron los cuatro y lo hicieron acompañados por dos policías, los cuales esperaron afuera. Apenas entraron, las puertas fueron cerradas por un par de hombres que simulaban ser clientes, pero que portaban armas.

—Ahí estás, mi bella Laura. Solo deseaba verte una vez más.

—Gringo, díles por favor que bajen sus armas.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué me haces esto? —preguntó Laura.

—Gringo, no seas estúpido. No cometas un error, por favor. ¡Confiamos en ti! —exclamó Aurelio.

—No es nada contra ustedes. Como prometí, les entregaré las llaves. Aquí tienes, Laura, toma.

Con un poco de miedo, la joven las recibió y, por inercia, se acercó a Gringo, tratando de abrazarlo. Fue un momento único para ambos, pues nunca habían experimentado tal sensación. Gringo rompió en llanto y la abrazó con delicadeza y amor. Al fin, padre e hija juntos.

—Dime una cosa: ¿qué significó para ti mi madre y qué significado yo para ti?

—¡Mis Lauras, mis amores! Tu madre fue la persona que me enseñó que la vida podía ser hermosa, y tú eres el reflejo de ello. No pido que me perdones. Te mentí cuando te dije que todo lo que he hecho lo hacía por ti. En realidad, lo hice para mi

propio beneficio. Por eso, y por muchas cosas más, no merezco el perdón de nadie. Pero solo quiero que sepas algo.

—¿Qué?

—Te amo y siempre te amaré. Ahora ve y haz lo que debes hacer.

Apenas Laura subió las escaleras, Gringo sacó su revólver y disparó sin titubear a los dos hombres que custodiaban la puerta. Ante el ruido, los policías trataron de entrar a la fuerza, pero no lo lograron. Mientras, Juan, Pedro y Aurelio quedaron inmóviles.

—Escúchenme ustedes dos. Deben cuidar de Laura, ¡prométanlo!

Juan, de forma valiente, respondió.

—Eso no lo dudes.

—Me alegro de que sea tu hijo, Pedro. Aurelio, si estudias-te esa agenda, sabes muy bien en qué consistía todo esto. Solo quiero decirte: gracias, porque tú me liberaste. Yo no tenía opción. Apenas el viejo dejó de existir, me vinieron a visitar muchas personas con quienes él tenía estos tratos, y me obligaron a seguir en el negocio. No pude negarme, me amenazaron con hacernos desaparecer a mí y a mi hermosa niña. ¡No tuve opción! Pero gracias a ti, esto acabará.

Cuando Laura escuchó los disparos, trató de apresurarse y abrió lo más rápido que pudo puerta por puerta, hasta que llegó a la puerta de la mujer que siempre la apoyó siendo su maestra de vida. Al verla, se tiró en sus brazos.

—Nunca perdí la esperanza en ti, bella niña.

Al bajar, Gringo ordenó que salieran por la puerta trasera. Huyeron rápidamente, aunque, antes, Laura le confesó algo a su padre:

—Gringo, estoy esperando un bebé.

Todos los presentes quedaron sorprendidos. Juan se acercó para abrazarla, pero Gringo mantuvo el arma firme.

—Escúchenme: sean felices, ámense y, por favor, cuiden a ese bebé juntos. La familia es lo más importante. Ahora, váyanse, ¿qué esperan?!

—Gringo, baja esa arma. ¡Vamos!, es hora de que salgamos de este lugar —pidió Pedro.

—Viejo amigo, muchas gracias por todo. Tú me contagiaste el sueño de formar una familia y, por un momento, lo rocé y me ilusioné, pero no se hizo realidad. Sin embargo, ahora con un nieto en camino, te envidio. Creí que podía con todo, ser dueño y vivir juntos, todos juntos. No obstante, lo único real es que nunca debimos ir a esa isla. Quizás tomar el dinero, como les dije entonces, era la mejor opción —se lamentó Gringo—. Aurelio, estás haciendo lo correcto; siempre lo hiciste así. Este puerto será un mejor lugar donde vivir.

Gringo sacó su boina que guardaba debajo de la barra, se la puso y les pidió que salieran.

—¿Y tú? ¡Gringo, no puedes quedarte aquí! Vamos, salgamos; llegó la hora —dijo Aurelio.

—Exacto, llegó la hora... —murmuró su amigo antes de terminar con su vida, apretando el gatillo por encima de la sien.

Juan y Laura vieron salir a Pedro y a Aurelio del bar con rostros devastados.

—¿Dónde está Gringo? —preguntó la muchacha—. ¿Qué fue ese último disparo?

Sin embargo, ante la obvia respuesta, rompió en lágrimas.

SOL RADIANTE

Un par de meses después, se anunció al nuevo representante local, y un inminente cambio en el comercio se hizo evidente. Los primeros trabajos realizados consistieron en cambiar el color del puerto, con más áreas verdes, mejor iluminación y seguridad en las calles, además de un correcto control en el desembarque y embarque en el muelle. En el periódico aparecía como encabezado que miembros militares de aduana serían condenados por violar las leyes internacionales sobre la trata de blancas. En la foto, el capitán Renzo Rodríguez aparecía esposado. Por la radio, las noticias aseguraban que en una lejana isla yacían cautivas decenas de mujeres y que el acusado pedía inmunidad a cambio de información sobre los demás involucrados.

—Bueno, como prometí, te facilitaré todo para que elijas un lugar donde desees vivir, Lina. Tendrás el beneficio, por ser víctima de los actos inhumanos, del respaldo del gobierno y de la Organización de las Naciones Unidas para empezar una nueva vida.

—Tenías razón, Aurelio, ya no será necesario. Me agrada el nuevo aroma del puerto, deseo quedarme aquí.

Pasados dos años en el pueblo de Chanca, los cambios se habían hecho notar. Los habitantes se saludaban sacándose el sombrero, los automóviles respetaban al peatón, los policías con-

denaban y actuaban inmediatamente ante los actos vandálicos que trataban de erradicar. Los colores, la limpieza y el aroma del mar se mezclaban con el olor de las margaritas y lavanda de la nueva florería del puerto, ubicada a un costado del antiguo bar de Gringo, que había sido demolido. En su lugar, se creó un nuevo campo de flores, propiedad de la pareja de jóvenes enamorados que, juntos, emprendían una gran labor: cuidar de su hijo.

—¿Cómo están las cosas en el bar, papá?

—Bien, Juan. Ahora solo debo renovar una patente, ya que, al parecer, es necesaria para adaptarse a estos cambios. Pero, en fin, nunca me vendría mal una mano, hijo.

—¿Dónde está mi regalón? —preguntó, acercándose a Ariel, su nieto—. ¡Mira lo que te he traído! —exclamó, entregándole un pequeño barco de plástico—. ¡Vamos a probarlo!

Laura se acercó a Juan. Ambos se abrazaron y ella corrió la cortina, mirando el sol radiante que se asomaba entre las nubes, formando un cuadro perfecto con el cielo celeste. Juan, amorosamente, le puso una margarita sobre su oreja.

—Tengo una duda, Laura: ¿esto es lo que deseabas?

—Solo sé una cosa, Juan.

Justo en ese instante regresaba Ariel. Laura lo tomó en brazos y lo besó con cariño.

—¿Qué? —inquirió Juan.

—Que esto es más de lo que esperaba.

ÍNDICE

7	Río rojo
9	Una noche cualquiera
12	Un día especial
16	El bar «El Tío Gringo»
19	La casa invita
21	La campana
23	El primer embarque
26	Una madrugada en el muelle
29	Lina
31	El día después
36	Aroma mañanero
38	El comienzo
43	Baúl
48	Recuerdos
58	Destino
68	Vida, muerte y decisión
78	Salvación
83	Nace un amor
87	Decisión
100	Libertad
108	Sol radiante

EN
ESTE TRABAJO
COLABORARON BELÉN
RAMÍREZ EN EDICIÓN, Y ROBERTO
MORALES EN DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN.
EL LIBRO SE COMPUSO UTILIZANDO
UNA TIPOGRAFÍA SERIF Y FUE IMPRESO
SOBRE BOND AHUESADO DE 80 GRAMOS.
SU PRIMERA EDICIÓN TERMINÓ DE
EDITARSE EN EL PUEBLO, RÍO ARRIBA,
EN EL MES DE OCTUBRE DE
2024.